

“LA PAREJA” *

(LA PAREJA EN LA FAMILIA URBANA MEXICANA)

DR. JOSE REMUS ARAICO **

Este libro pretende tener dos lineamientos o metas fundamentales: uno, el de divulgar algunos conocimientos psicoanalíticos acerca del tema, el más general de la familia y el más particular este capítulo el de la pareja a la que considero como la base grupal, primordial de la actual estructura social. La otra meta, que al divulgar estos conocimientos, se reflexione para estimular en el lector la prevención de conflictos indeseables y desintegradores de la familia, o para que sus integrantes busquen la asistencia profesional adecuada, con un conocimiento más realista acerca de los alcances de las nuevas técnicas psicoterápicas. Además, este capítulo contiene también algunas ideas generales, que bien pueden calificar de psicosociales, las que espero ampliar de manera especial en algún otro ensayo en preparación.

Cuando se trata de divulgar los conocimientos científicos tal como ahora lo hacemos los autores con la teoría psicoanalítica y con algunas de sus aplicaciones técnicas, nos topamos con algunos problemas que es preciso anticipar. El primero, es el uso del idioma Particular a cada ciencia y técnica, aquél conjunto de conceptos, y los términos o palabras concretas que los contienen y que es común al especialista, pero que el ego no siempre comprende, ni tiene porqué, a pesar de la difusión y popularización que haya tenido la ciencia en cuestión. En libros como el presente, que tiene entre sus objetivos el de la divulgación científica, debemos ser parcios en lo que se refiere al uso de los conceptos especializados, no así en el empleo de ejemplos, o viñetas de casos, sobretodo tratándose de fenómenos de la conducta humana. Espero que el empleo de estas viñetas puede hacer explicativas las inevitables definiciones de términos técnicos.

El psicoanálisis se ha difundido mucho y algunas de sus ideas no sólo son inevitables, sino por fortuna se han vuelto ya indispensables en la comunicación cotidiana. El psicoanálisis, como una de las teorías que explica fundamentalmente las motivaciones de la conducta humana y de sus interacciones, no excluyendo sino integrándose con otras teorías psicológicas, económicas y sociales, ha penetrado mucho en el cine, la literatura y el arte en general. Más allá de su origen médico hace ya tiempo trascendido las ciencias sociales hoy en día no pueden prescindir del empleo de sus conceptos básicos. Por supuesto, el lector común y corriente ha oído mucho más acerca del psicoanálisis de lo que él mismo se imagina, pero su información no siempre está libre del prejuicio tan extendido de

* Ensayos preparatorios sin publicar y sin conferencia, para un posible libro, Marzo 1981.

** Fundador, Vitalicio y Psicoanalista Didáctico de la Asociación Psicoanalítica Mexicana. Profesor Titular de las Facultades de Psicología y de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.

considerar al psicólogo y al psicoanalista como sujetos poderosos con grandes posibilidades e influencia tremenda para el bien o para el mal. El psicoanálisis es una ciencia consistente en su estructura pero no da explicaciones a todos los fenómenos de la conducta humana, se integra por lo tanto en el marco general de las ciencias de la conducta. Hoy en día, es difícil hacer un balance justo de la gran influencia de la teoría psicoanalítica en nuestra civilización actual, o por lo menos en el amplio sector de la 'cultura occidental'.

Uno de los sambenitos tendenciosos que aún se le cuelgan al psicoanálisis es de que ya no ha progresado, ni en su teoría, ni en su capacidad de servicio para las clases populares. Esto es falso, pues como toda ciencia, el psicoanálisis ha cambiado algunas de sus hipótesis iniciales y en consecuencia ha podido modificar sus técnicas, para hacerlo así mucho más accesible al tratamiento de familias y de grupos humanos y no sólo a los individuos de la elite socioeconómica. El psicoanálisis ha sido innegablemente un factor de cambio en los estratos medio y alto de la población, no sólo por la influencia directa del tratamiento de sus individuos, que son los menos dado el reducido número de expertos, sino por la difusión de los medios de comunicación, pero la teoría analítica con sus variantes técnicas actuales permite el tratamiento de parejas y familias y aumentará así su influencia como un factor racional importante para el cambio en los conflictos sociales. El psicoanálisis por lo tanto, no sólo nos permite el estudio de los fenómenos intra e interpersonales, inmediatos, como son los sufrimientos subjetivos de origen mental y las modalidades de integración familiar, sino también nos aclara algunos de los elementos que intervienen en la conducta suprapersonal o social, como es la interacción de la familia y de la sociedad.

Retornando al problema de la popularización de los conceptos psicoanalíticos permítanme un ejemplo. Al popularizarse el término 'complejo psicológico', o simplemente 'complejo', su uso se restringió al adjetivarlo y calificar de 'acomplejado', a aquél que tiene o sufre de un 'complejo', entendiéndose por 'acomplejados' restringidamente sólo a los que sufren de una inhibición, generalmente de carácter social. El concepto psicoanalítico de 'complejo' es mucho más amplio y se usó desde el principio del psicoanálisis para denotar que las interacciones motivadoras inconscientes, o latentes, de las personas, no son sencillas y corren por líneas de trazo simple y esquemático, sino que se aglutinan y entrelazan en 'complejos' motivadores de conducta, que no sólo son capaces de mover a comportamientos retraídos o inhibidos. Sería interesante discurrir más acerca de los procesos y de las funciones de la popularización de los conceptos y términos científicos, en donde se enfatizan y tienden a perpetuarse determinados aspectos parciales del concepto, como si esta selección fuera un mensaje más de la comunicación social, pero irnos por este camino sería salirnos de nuestro tema. Espero, como decía antes, que el uso de viñetas precise descriptivamente los conceptos que inevitablemente tengo que usar en este ensayo sobre la pareja en la familia.

La otra meta o propósito de este libro, es el de estimular al lector a reflexionar sobre aspectos de la vida cotidiana sobre lo que pasa frecuentemente,

pero con nuevos o poco conocidos enfoques que sin embargo pueden inquietarlo. No se penetra en nada, ni nada cambia, ni siquiera nuestra opinión más general e intrascendente se modifica, sin un cierto esfuerzo; los humanos para ahorrar esfuerzo tendemos a circular por los mismos caminos habituales, aún en la esfera del pensamiento. El reflexionar acerca de un tema con nuevas perspectivas, acarrea un esfuerzo pero trae sus compensaciones. Los autores de este libro esperamos que se estimule la toma de consciencia de que la familia en general, y para mí en este capítulo la pareja, es una interrelación dinámica compleja y cambiante, susceptible de altibajos en su estructura y en su capacidad de ajuste y adaptación a un medio rápidamente cambiante, por lo tanto, con variaciones subjetivas y objetivas del nivel de felicidad. Al comprenderse una serie de fenómenos, como los de la relación dinámica de la pareja, esperamos también que se despierten inquietudes con mayor avidez de conocimientos, pero ni este libro, ni ningún libro sobre problemas como los que trata el psicoanálisis, podrá substituir al tratamiento por el experto cuando éste se requiera.

La pareja X, casados hacía varios años y con hijos adolescentes, manifestó a dúo en la segunda entrevista diagnóstica: “Doctor, después de que hablamos ayer con Usted nos dimos cuenta del tremendo daño que les hemos hecho a nuestros hijos con nuestras continuas peleas y diferencias...”. Esta confesión de sentimientos de culpabilidad acompañada de abatimiento y confusión, fue en parte el resultado de la primera toma de consciencia del conflicto conyugal por el que consultaban. Fue necesario inmediatamente después explicarles lo que pasaba, para que prosiguiera así, en un clima más, razonable y con más objetividad, la exploración de sus problemas. Obviamente no somos ‘culpables’ de que la luna tenga infinidad de cráteres de meteoritos en su superficie, si así lo creyéramos y lo comunicáramos, nadie dudaría de tacharnos de locos de remate. Pero sí en cambio podemos albergar ‘sentimientos de culpa’ como resabios de conductas pasadas de las que ni nos habíamos percatado acerca de su trascendencia, puesto que habían sido motivadas por fuerzas inconscientes. Más importante que la culpa, es la capacidad de comprender los determinismos relativos de nuestras relaciones interpersonales y sobretodo, la responsabilidad para controlar, al reconocerla, una conducta lesiva a terceros, sobretodo si son éstos seres cercanos.

Pero veamos la otra cara de la compleja moneda que es la relación conyugal. El matrimonio en su quinta sesión de tratamiento tuvo un despliegue de agresividad recriminatoria mutua pocas veces contemplado por mí. Cada uno argumentaba que el otro ‘era la causa y la culpa de la infelicidad conyugal’. Cada uno atacaba al otro con su inteligencia y sacaba del archivo personal de su memoria los pecados y errores del otro como argumentos probatorios para su causa. Los detuve en el clímax de la pelea que tomaba proporciones irreversibles y les expliqué que es de lo más frecuente, casi una tendencia universal, rechazar la participación y la responsabilidad, sobretodo cuando se siente que hay que hacer un gran esfuerzo para reparar lo que anda mal, o lo que se dañó consciente o inconscientemente. Si Caín hubiera sido entrenado en los modernos sistemas de

propaganda no sólo volvería a matar a Abel, sino que justificaría brillantemente su crimen.

Por lo que vemos de estas dos viñetas no debemos hacer mucho caso de las presiones propagandísticas de nuestra conciencia moral en cualquiera de los dos sentidos: culparnos de todo, o absolvernos de todo cuando tratamos de reflexionar y de comprender, cuando tratamos de seguir paso a paso los hechos y las relaciones de los mismos. Cuando tratamos de reflexionar equidistantemente de nuestras propias fuerzas en pugna, sentimos un clic especial al comprender nuestra participación. Este clic es algo inteligente y algo emotivo y los psicoanalistas lo llamamos comprensión o insight. En este capítulo deseo despertar ese clic de comprensión, mezcla de inteligencia y afecto, cuando trate acerca de la estructura de la pareja en su devenir matrimonial, la que repercute substancialmente en la integración de la familia y también en la estructura de la sociedad.

Nuestras vidas se desenvuelven a lo largo de la línea irreversible del tiempo, no importa cuanto nos parezca que esta dimensión del tiempo se detenga o regrese, transcurren inmersas en un espacio físico y social que contiene tanto los estímulos para nuestro desarrollo, desde el nacimiento en adelante, como los resultados de nuestros ensayos, los logros y los fracasos para adaptarnos. Estamos, como todo ser viviente, en continua interdependencia con el ambiente al que modificamos y por el que estamos siendo estimulados a actitudes, conductas y decisiones en múltiples direcciones. La felicidad, como la salud mental, contiene tanto elementos subjetivos como objetivos representa siempre un esfuerzo de adaptación. En la relación matrimonial se trata de una tarea que implica el esfuerzo permanente de la pareja, de preferencia un trabajo inconsciente vivenciado como armonía, como el desarrollo tranquilo de la relación conyugal, estando muchas veces oculto este trabajo tras el componente subjetivo de la felicidad. Pero en otras ocasiones, en los momentos de crisis, la estabilidad y progreso de la pareja y de la familia requiere esfuerzo y trabajo extra, cuando duran más de la cuenta en la superficie de las relaciones la angustia, la agresividad y otros afectos como la depresión.

La vida humana, más que la de cualquiera otra especie viviente, para poder evolucionar sujeta como está a la irreversibilidad del tiempo, sufre crisis específicas en momentos específicos del desarrollo, que se entremezclan, en origen y causa, con los sucesos de la historia, desde el ámbito familiar, el grupal, el de la clase socioeconómica, el del estado y hasta el universal en general. El ambiente físico y animal que nos rodea es fundamental en estas crisis ya que contiene las bases de los factores económicos. Cuando estudiamos más uno de estos aspectos, es tan sólo porque el enfoque global es muy difícil, sino imposible, por lo menos en un ensayo con un tema limitado, pero no quiere decir que por la necesidad de particularizar se desprecien las influencias de otros sectores más amplios o más restringidos ya que las influencias de otros sectores más amplios o más restringidos ya que todo en la naturaleza es interdependiente. A un período de estabilidad, le sigue uno de crisis, que trae de nuevo la estabilidad en donde se

prepara la siguiente crisis y así sucesivamente, pero a la salida de cada crisis se ha obtenido una ganancia en algún sentido adaptativo, aunque a veces a costa de pérdidas irreparables por otro lado, que son como cicatrices del propio desarrollo. Pareciera que es pesimista la idea de que los humanos estamos ineludiblemente inmersos en un movimiento ondulatorio, interminable de crisis y calmas pasajeras. De este sentimiento de pesimismo, surgen las necesidades de trascendencia de la existencia individual en las religiones y en diversas utopías, en cuyo análisis no vamos a entrar en este momento, aunque después las tocaremos por su influencia sobre la pareja. Realistamente, no pesimistamente, la presencia de la edad, la senectud y la muerte, hacen al humano individualmente un ser finito, por lo menos en lo corporal, ubicando así en su grupo cercano, sobretodo en sus hijos, pero quizás también en la especie en general, sus posibilidades concretas a sus deseos de trascendencia. Esta urgencia por trascender es determinante de diferentes conductas de la pareja para coordinar mejor sus esfuerzos para la adaptación.

Pero antes de continuar adelante, deseo aclarar lo mejor posible los alcances del concepto de 'adaptación', tal como lo entendemos en psicoanálisis y como lo seguiré usando a lo largo de este capítulo. En una de sus sesiones conyugales, la Sra. X. manifestó con abatimiento su incapacidad para modificar algunos elementos de su matrimonio. En esta sesión se refería en particular a uno de sus adolescentes que ocasionalmente usaba marihuana y dijo monológamente: "no lo puedo cambiar, ya está grande, a pesar de lo que discute con el padre (que estaba allí presente) y de lo mucho que pelean... creo que no puedo hacer otra cosa que conformarme con lo que pasa...". Si no se puede cambiar algo, suena lógico que simplemente se le acepte tal como está para seguir sobreviviendo. Pero el conformismo, como el de la Sra. X., debe ser sólo la última fase exterior del individuo en la lucha por la vida ante un estímulo que nos parece inmutable y poderoso. En general, la adaptabilidad en el sentido psicoanalítico comprende la acción individual y grupal tendientes a actuar preferentemente sobre los estímulos) o a cambios en la conducta y en las actitudes para modificar favorablemente las condiciones del conflicto; generalmente hay tantos cambios internos como externos. Por lo tanto, adaptabilidad significa la actividad plástica propositiva para lograr cambios benéficos, o alternativas de respiro para la oportunidad de un cambio mayor. La Sra. X. no podía aceptar aún, que parte de la tendencia escapista de su adolescente en la droga, estaba motivada por su propia condición pesimista y 'conformista' ante la vida. Para la Sra. X., la vida era en gran parte una cruz que se tenía que cargar cotidianamente, aún no había puesto en acción sus verdaderas capacidades adaptativas que poco después comenzaron a movilizar en otro sentido a la pareja, cuando ella abandonó algo su conformismo pasivo y destructivo. Por supuesto que no metió a su hijo 'drogadicto' a un reclusorio para maleantes, como hubieran sido los deseos de su consciencia moral, pero sí pudo hacer el esfuerzo de salir a pasear más frecuente y alegremente con toda la familia, motivando así un cambio hedónico de la misma, disminuyéndose la tendencia escapista del adolescente, por lo menos en cuanto a lo que ella la estimulaba.

Por nuestra propia naturaleza animal de mamíferos superiores tendemos a cinco clases de conducta social, no importa cuanto se hayan éstas complicado, sofisticado, simplificado, ocultado y diluido, a lo largo de la historia con el desarrollo tecnológico y por las presiones avasalladoras de las fuerzas económicas. Estas cinco tendencias de la especie están presentes y eficientes en la motivación de la conducta humana, por lo que vale la pena mencionarlas para entender las bases biológicas de nuestra conducta familiar. Después de que cada hombre y mujer adolescentes maduran a la siguiente etapa de la vida que es la juventud, desean separarse de la familia primitiva u original. Si las circunstancias para este cambio son muy adversas, desearán cambiar adaptativamente el hogar paterno según sus propias necesidades con el consiguiente incremento del conflicto entre generaciones. Los jóvenes requieren del 'cortejo' para la búsqueda de la pareja que iniciará así una nueva familia. Después del cortejo o noviazgo vendrá el 'apareamiento' con el matrimonio, aún cuando parece distintivo de esta época el que el apareamiento forme parte del cortejo para funciones que veremos después con detalle. Al apareamiento sigue necesariamente el 'anidamiento', la búsqueda y la crianza y desarrollo de hijos. Pero para que estas funciones del anidamiento sean eficientes, se requiere de la cierta estabilidad y tranquilidad que da la vivencia y la acción de 'dominio' por lo menos de una parte del 'territorio', que es la zona de influencia mayor de la pareja para la obtención de los recursos para el anidamiento, crianza y sustento en general. Como somos seres eminentemente sociales, estas cinco conductas se desarrollan de preferencia bajo la protección de nuestro ingrupos, o sea, de nuestro grupo social más cercano. En este ingrupos nacemos, crecemos, trabajamos, nos reproducimos, sufrimos y gozamos las alternativas de todas nuestras tareas, contribuimos al progreso con nuestra creatividad y con nuestra participación social, y en ese ingrupos también morimos físicamente como individuo. El ingrupos por su misma organización es una de las bases de la subsistencia de la especie, donde se promueven manifestaciones artísticas, científicas y creativas en general de sus individuos, como alternativas de los deseos de trascendencia individual. La trascendencia individual como expresión altruista hacia el ingrupos lo enriquece, cuando sobretodo es científica o artística va más allá del ingrupos y enriquece a la especie. La subdivisión en grupos desde el comienzo de la especie, lo que facilitó la supervivencia por el desarrollo de la tremenda capacidad adaptativa del ser humano, trajo también en sí el germen de las luchas económicas que son hoy día la demostración de la sobreadaptación patológica de la conducta de dominio territorial económico de unos subgrupos sobre otros menos afortunados, sobreadaptación antihumana de la que la historia está llena de testimonios. Pero seguir estas pautas sería componer otro cantar, quedémonos pues por el momento con la idea de que el cortejo, el apareamiento, el anidamiento, la crianza y el dominio territorial o la territorialidad, son cinco bases biológicas fundamentales de la especie, las que han sido modificadas, tecnificadas, expresadas abierta o sutilmente, racionalizadas o justificadas unilateralmente para su descarga, pero que están siempre presentes y eficientes en nuestra conducta social, desde que los primeros hombres, mutantes de los primates de cuyo tronco provenimos como especie, fueron probando poco a poco, en una labor de millones de años, mediante el ensayo del éxito y el error, afinando así el proceso de la selección

natural útil para un determinado momento, hasta encontrar aquellos patrones que parecían mejores para la adaptación y dominio en nuestra planeta. Cabría preguntarnos si hemos tenido éxito, o si estamos, como creemos muchos, en otro momento de crisis general, en el comienzo, o en el camino de otra gran época histórica, en los albores de una nueva civilización

Estas cinco tendencias heredadas de nuestros ancestros son la base instintiva de nuestra conducta, esto quiere decir, que están como programadas por la naturaleza misma, en parte quizás están interconstruidas en la información de la herencia. Pero también necesitan ser pulidas, transformadas y sobretodo aprendidas en sus últimos ajustes en cada generación en el seno de cada familia. Por eso, desde la concepción hasta el desarrollo puberal por lo menos, para su óptima 'programación', para lograr al menos la forma hasta hace poco más común y corriente de la educación de los niños, se requiere de una cierta estabilidad de la agrupación familiar. Este punto muy importante del desarrollo infantil seguramente será tratado en otros apartados de este libro y también me referiré a él un poco después. Durante el desarrollo lento de la especie y en el proceso del aprendizaje en la edad infantil, hemos logrado usar esta energía instintiva de muchas maneras específicamente humanas. Ya no sólo privan las tres pautas básicas de la conducta animal de ataque, huida y paralización o inhibición de la respuesta, sino otras combinaciones más específicamente humanas. Por ejemplo, somos capaces de cambiar el sujeto de nuestra agresividad ahorrándonos peligros, también somos capaces de demorar las urgencias instintivas y transformar esa energía en otras tareas complejas como la creación artística y científica, el impulso de dominio se ha enlazado en la complicación de la civilización al control político. La especie humana ha desarrollado una estructura compleja que llamamos el yo, que es la encargada de diversas funciones en relación a los instintos y por tanto comanda las tareas activas de la adaptación, en el sentido que indicamos más arriba.

La familia tal como está ahora, aún con sus 'fallas' y variantes, parece ser todavía la mejor matriz para la adecuada 'programación' de los niños, en una forma típicamente definida de las pautas generales de educación y cultura. Por supuesto, la familia al estar inmersa y en interacción con el medio social general, sobretodo con los cambios económicos que nos invaden todos los días, tiende a cambiar las pautas educativas de los niños. Seguramente cada familia de cada estrato cultural y socioeconómico, urbano suburbano o rural, está luchando de diversas maneras para adaptarse y enseñarles a sus niños a adaptarse a ese medio cambiante, por eso es tan vital en estos momentos el estudio de la familia. Se han hecho experimentos por diferentes gobiernos para alterar los procesos educativos de los niños rompiendo o disminuyendo la influencia del ambiente familiar. Si se tratara de un ensayo de psicología comparada, deberíamos profundizar a este respecto, pero tenemos muchos ejemplos en nuestra actual cultura urbana en México acerca de la modificación de pautas educativas, así como de las diferentes modalidades de relación de cada pareja tipo según su estrato socioeconómico, por lo que no necesitamos recurrir a comparaciones con otras latitudes. La organización de comunas o agrupamientos de modelo tribal,

como son las comunas hippies, o los experimentos de los kibutzim, o el uso masivo de guarderías prolongadas para los muy pequeños en diferentes lugares, serían ejemplos comparativos interesantes. En cada etapa 'edad' de la pareja, opinaré acerca de los cambios en sus patrones de relación desde por lo menos mi propia juventud ya un tanto lejana. El hecho de ver pacientes en diferentes edades y con diferentes problemas para su ajuste, sobretodo el hecho de que desde hace tiempo he incluido en mi repertorio técnico en el consultorio la psicoterapia analítica de parejas, familias y grupos, me permite comparar de manera directa diferentes conductas eficientes y saludables hoy día, con aquellos que tuve, y la que compartí con contemporáneos en mi adolescencia y juventud.

La pareja tiene diferentes etapas o edades, siendo fundamental en cada una de ellas el tipo de conflicto psicológico y socioeconómico que tiene que enfrentar y superar. En cada una de esas etapas, cada uno de los integrantes de la pareja ensayará inconscientemente aquellos mecanismos aprendidos en la familia para lograr así el mejor ajuste común. Pero cada cónyuge también trae al matrimonio dentro de su propio equipaje mental, generalmente de manera inconsciente, no sólo las cualidades para integrarse con el otro en pareja, sino también los efectos potenciales de conflictos neuróticos importantes pasados en la infancia que de manera insidiosa o agudamente, se meterán ahora como causa en el matrimonio, como un huésped indeseable, a veces como un tumor que estorba la marcha de la pareja y que requiere de ayuda terapéutica para su extirpación. En otras ocasiones, los amigos y los familiares de una pareja no dudan en opinar que ambos están 'mal', pero resulta que un análisis imparcial nos dice que objetiva y subjetivamente son una pareja bien integrada, a pesar y sobretodo, por la misma patología de cada uno de sus integrantes; definitivamente debemos opinar en esos casos que ambos cónyuges, son 'tal para cual', en un modelo de integración patológica complementaria.

Existen dos modelos básicos de relación de la pareja: por oposición y por complementariedad. Debemos entender estos términos en su acepción más simple y llana. Hay parejas que se relacionan básicamente como opuestos o antagonistas y hay parejas que lo hacen como si uno careciera de los atributos que sólo el otro tiene. Lo más habitual es que todas las parejas se relacionen por la mezcla de ambos modelos básicos, pero predominando una modalidad particular. El matrimonio P. tardó varias sesiones conyugales, aparte de las individuales que acostumbro tener con cada miembro de la pareja durante este tipo de tratamiento, para comprender que estaban relacionados básicamente por oposición. Abrían estas primeras sesiones cualquiera de ellos con algún tema de emergencia para ambos, para inmediatamente surgir en el otro una opinión contradictoria. Muchas veces discutían acaloradamente por detalles insignificantes, cuando sin percatarse estaban de acuerdo en lo substancial. Tenían casi la misma edad y ambos eran de los hermanos de en medio de sus familias primarias, donde se habían 'enseñado a abrirse paso a codazos' en el microuniverso infantil, conducta allí aprendida como eficiente entonces y que perpetuaron como modelo básico de la relación oposicionista conyugal que tenían. Estaba tan metido este oposicionismo en todas sus áreas de relación mutua, que

aún en las relaciones sexuales se trataban como perros y gatos. El oposicionismo indiscriminado tenía la función de salvaguardar la individualidad, la que vivían amenazada permanentemente por el otro como en la infancia.

El matrimonio H. consultó por dificultades para tomar decisiones cruciales para la familia, relativas no sólo al cambio de país sino inclusive a otro tiempo de ajuste social y económico para el que no se sentían preparados. Funcionaban con caracteres complementarios, siendo él bastante mayor que ella, ordenado, eficiente, serio y poco comunicativo. En una sesión individual me comunicó que se había percatado que se había casado con una 'niña mimada' pero que le agradaban muchas de sus maneras, llegó a compararla con su gerente de relaciones públicas, locuaz y superficial pero que cumplía bien con su cometido. Ella era tal como él la había descrito, ni se preocupaba por los negocios ni por muchas otras cosas parecidas, pero era el centro de atracción de las parejas amigas, pues donde ella estaba brillaba el buen humor y la alegría. Casi no leía el periódico y metía patas sociales que todos le perdonaban y festejaban. Lo que ahora le pedía el marido a su 'niña', era cierto apoyo para seguir adelante con la decisión que ya había tomado. Ella comprendió que en la nueva posición tendría que ser menos superficial y tenía recursos que movilizar para intentarlo. La pareja H., había tenido la sabiduría, o salud mental, de haberse casado bajo un patrón básico de complementariedad de caracteres. No siempre vemos este tipo de parejas 'normales', pues generalmente consultan aquellas cuyo conflicto conyugal ha sobrepasado los límites de su capacidad de ajuste espontáneo o automático. Muchos de los conflictos conyugales por los que vienen a consulta las parejas o las familias, son reediciones aumentadas y puestas al día de antiguos conflictos que ya se había presentado, pero que la pareja o familia en cuestión había podido absorber, canalizar o superar sin perder su estabilidad fundamental. Sin embargo, otros tipos de conflicto conyugal con específicos de cada una de las nuevas etapas o edades del matrimonio. En muchas ocasiones, por factores nuevos de la vida familiar misma, la buena o aceptable adaptación que tenía la pareja hasta cierta etapa de su vida, se vuelve insuficiente o hasta antagónica, para los requerimientos de un nuevo ajuste en otras circunstancias, sobretodo esto sucede con el crecimiento de los hijos, como veremos después con más detalle.

Me parece que durante el cortejo, el conflicto fundamental al que debe enfrentarse la pareja de jóvenes, es el de no caer en la trampa misma de la excesiva infatuación del uno por el otro, lo que podría considerarse como enamoramiento patológico. Lo patológico no estaría en el enamoramiento en sí, sino en la calidad unilateral, o en la parcialidad para juzgarse mutuamente los novios. Se ha dicho, no sin razón, que el enamoramiento es como una sabrosa enfermedad inevitable y que pobre del humano que no ha caído en ese estado. Si contemplamos el proceso del enamoramiento, veremos que se repiten con regularidad algunas características conductuales de la pareja. La más frecuente es la falta de objetividad, esa parcialidad ciega para juzgar al otro a que hice apenas alusión arriba. Por juzgar quiero decir en este momento, tratar de tener una actitud crítica objetiva del otro como persona total, como el objeto potencial para la

comuni3n de afectos, intereses y afinidades f3sicas y no vivirse el cortejo como la realizaci3n misma de la uni3n.

El fen3meno del flechazo, el amor ardiente a primera vista, es un remanente del enamoramiento de tipo infantil, esto no significa que todo matrimonio que comienza por el consabido trabajo de cupido tenga que fracasar al abrirse los ojos de los ya c3nyuges. Esta desilusi3n siempre sucede pero no siempre es catastr3fica. El ni1o es capaz de manifestar su entrega total de manera f3cil, pero de igual manera es susceptible de cambiar su infatuado inter3s en despecho, indiferencia o a1n en odio y resentimiento. Pareciera que el enamorado, hombre o mujer, a la manera del joven Feniher de Goethe, se inflama de inmediato a primera vista y con gran pasi3n, porque lleva en su interior la facilitaci3n necesaria para ese s1bito enamoramiento. Tanto fuego no es posible s3lo por la flama que aporta la otra mitad, es indispensable, por lo tanto, la persistencia del combustible de un amor infantil. Tambi3n sin ilusi3n, los j3venes ir3an al matrimonio como a una empresa de negocios. Antes eran muy frecuentes este tipo de matrimonios arreglados por las familias. En algunas culturas tiene mucho prestigio el personaje de la comunidad que intervino en esos arreglos, que gana una comisi3n o porcentaje de la dote que est3 incluida en el trato. La dote, como la compensaci3n en especie que una familia da a la otra por la p3rdida de uno de sus miembros como fuerza de trabajo, ya que se integra a la nueva familia, es un remanente del modelo feudal de la sociedad, me refiero a los contratos manifiestos, tal como fue la costumbre regular de muchos pueblos. Hoy d3a persiste a1n en algunas partes de nuestros medios rurales de cercano origen ind3gena o con gran aislamiento. Las presiones de las familias sobre sus j3venes por intereses econ3micos persisten hoy d3a y hasta han proliferado. Los matrimonios de hijos de caciques en los pueblos para mantener 3stos su hegemon3a, es tan frecuente, como los matrimonios de conveniencia en los estratos de la alta fianza. Hay que distinguir los intereses propios de los j3venes que intervienen en la b1squeda y cortejo de la pareja, de los intereses de los padres. Por supuesto que en muchas ocasiones ambas corrientes de inter3s se superponen, y pareciera as3 asegurada la 'bendici3n' del matrimonio por ambas familias, pero frecuentemente esta doble corriente de inter3s superpuesta, es tambi3n parcial y negativa como puede serlo tambi3n el flechazo patol3gico, pues ambos son remanentes de fijaciones infantiles de sometimiento y dependencia. La cosificaci3n de los seres humanos por los intereses de las familias, y a1n m3s, por los intereses disfrazados del amor que los novios se profesan, forma parte de una de las situaciones m3s comunes de nuestros d3as. Como 'poder es dinero' en el lenguaje de una sociedad cosificante, el matrimonio de conveniencia, con el aplauso y bendici3n de los mayores, parece la culminaci3n de la capacidad empresarial de los que as3 se casan.

En alguna mesa redonda sobre problemas de la familia en las que suelo participar, escuch3 acerca de cortejos 'arreglados' por estudios psicol3gicos previos computados que se hac3an en algunos pa3ses de los llamados desarrollados. De los propios datos del ponente, se deduc3a f3cilmente el esfuerzo personal del 'arreglador', que con el pretexto, o con alguna base, en el expediente

psicológico de los novios, logró 'aparearlos científicamente'. A mi juicio, el esfuerzo personal de los entrevistadores con las parejas cuya 'afinidad' y 'complementariedad', se había explorado con pruebas psicológicas e interrogatorios, fue el factor decisivo para animar a dos personas a entablar un romance. Esa vez se reportaron pocos casos de éxito con esta técnica de cortejo electrónico y opiné que había sido un gran esfuerzo técnico para encontrar un roto para un descosido, como siempre hay entre la muchedumbre dispersa en las ciudades o perdida en las praderas de concreto de los suburbios de esos países de 'alto desarrollo'. Hay mucho más éxito en los clubes de solteros y divorciados donde se juntan las parejas que sufren los excesos de la civilización. Quizás exagero mi postura, pero lo hago para enfatizar que el factor de independencia humana es fundamental para encontrar lo mejor posible a la otra mitad, sin que el sólo encuentro signifique la garantía de la felicidad, la cuál es un proceso creativo cotidiano no aparente pero sí eficiente.

Debemos preguntarnos donde encuentran los jóvenes a su otra mitad y que es eso de la independencia interior a la que he aludido arriba. Los jóvenes se encuentran para casarse o unirse sobretodo por la acción de tres factores: por la atracción física, por la afinidad de estatus de cultura y clase económica y por la contigüidad geográfica de la vivienda o del lugar de trabajo. En general, sucede una interacción de las tres influencias en el encuentro, el cortejo y la unión. No dudaríamos de calificar de enfermizas las actitudes del joven que tiene su novio o novia en otro lugar, o que busca una persona 'inaccesible' a su propio nivel de vida, o cuando no existe una atracción física que inicie por lo menos la tentación sexual.

Con justa razón podrían Ustedes preguntarme ahora, para el encuentro de la pareja, ¿dónde se quedó la afinidad de caracteres que consideré tan importante?, ¿donde están los elementos psicológicos y afectivos del encuentro y del cortejo que resultarán en posibilidades mejores o peores para la futura unión conyugal?. Si el encuentro se realiza fundamentalmente por uno o varios de los tres factores arriba señalados, el cortejo tiene la principal función de permitir el desarrollo y puesta en juego de los intervinientes psicológicos y emocionales de la pareja. El cortejo de jóvenes y adolescentes que no están muy comprometidos en su 'libertad de elección' por la persistencia de importantes fijaciones infantiles, inconscientemente les sirve para prueba y error, para ensayos de apareamiento fantaseados, no sólo en lo sexual sino en lo psicológico, donde al ponerse en juego los caracteres y cualidades de cada uno se preparan mejor para una unión. Precisamente de la posibilidad que cada miembro de la pareja pueda jugar con alguna libertad al matrimonio, durante un lapso único para cada pareja, para desarrollar así su juego del cortejo, es cuando los novios pueden relacionarse más profundamente. Si por las fijaciones infantiles y la presión de los padres esto no puede ser así, desde el noviazgo se notan los esfuerzos enfermizos de 'modificarse uno al otro' según sus propios intereses, o los de la familia que parece contemplar la escena pero que interviene sutil decisivamente. Esta tendencia a 'modificar' o a 'ahormar' al otro desde el noviazgo, es la causa más frecuente de los problemas de las parejas jóvenes de casados y es también

generalmente, la consecuencia de las fijaciones infantiles que no le permitieron al joven una elección de pareja de manera más libre y autónoma.

La Sra. Y. me consultó por fuerte depresión que sentía motivada por su infelicidad matrimonial. Había cumplido apenas los veinte años, tenía un pequeño hijo de meses, menos de dos años de casada y además sospechaba estar de nuevo embarazada. Había intentado suicidarse, aunque no seriamente, a la vista del marido y de sus padres, encerrándose en el baño e ingerido unas cuantas pastillas para llamar la atención sobre su depresión. Este falso intento de suicidio teatral, fue el único camino que pudo tomar para indicarles a los suyos que 'estaba tronando' como ella lo reconoció en su entrevista. Se había casado rápidamente por estar embarazada. Desde su noviazgo tenía la pareja reyertas en que cada uno trataba de dominar al otro. El relato siguiente no necesita comentario: "Mi marido no quería hacerme caso, no me complacía en lo que me gustaba... yo tampoco le daba sus gustos porque estaba enojada... después nos contentábamos y nos queríamos mucho... en una de esas fue que quedé embarazada... Lo que más me molesta es que nunca puedo hacer que él me entienda (léase: "no puedo hacerlo a mi gusto")... él se queja de lo mismo... Nuestros padres nos decían que íbamos a cambiar cuando nos casáramos... hay algo muy falso en todo esto... sus tíos (del esposo) y mi familia tienen ahora varios negocios juntos... creo que me siento triste y aburrida y ahora con esto de que no sé si estoy embarazada... yo no quiero otro nuevo niño...".

Por todo lo anterior, si el conflicto principal que la pareja debe enfrentar desde el encuentro y durante el cortejo o noviazgo es el de la trampa de la excesiva infatuación o enamoramiento patológico y parcial, en el cortejo mismo existe la posibilidad de probar a dirimir los conflictos y diferencias importantes de carácter, que de agrandarse sin elaborarse, serán el clima propicio de los problemas conyugales posteriores. Cuando la pareja no puede hallar un equilibrio de caracteres, ir al matrimonio es comprar el conflicto conyugal.

Hoy en día, las relaciones de los novios desde el primer momento son más desinhibidas o instintivas, con exhibicionismo de su galanteo que parece afirmativo frente a una sociedad que consideraron, con mucha razón, mentirosa y de varias caras. El joven de antes que cortejaba romántica y pudorosamente a la novia en el seno de fiestas y bajo la mirada de la chaperona, era el mismo que tenía de amante vergonzante a la empleada. Ese joven conservador al volverse padre, es celoso y gruñe indignado acerca de los galanteos de sus hijos. Esto no es otra cosa que la persistencia de una concepción cultural de la mujer dividida en la 'buena' asexual y la 'mala' erótica. Una, que será el receptáculo pasivo para la inseminación sin participación afectiva, y la otra, que mediante el erotismo, real o fantaseado, desea una mejoría de su estatus económico, a costas por supuesto de su propia autodevaluación. Por ésto el cortejo mucho más franco de las actuales parejas de adolescentes y jóvenes tiene algo de rectificador del juego enajenante de muchas parejas de antes como actores principales y de las numerosas comparsas familiares. Las relaciones sexuales prematrimoniales, pueden estar al servicio de un mejor entendimiento de la pareja cuando se toma

en cuenta el peligro real del embarazo irresponsable, que empuja a los novios o 'amigos' a un matrimonio al vapor para 'tapar el pecado'. En muchos grupos sociales considerados como primitivos, aún hoy día en nuestras zonas rurales, la costumbre del raptó de la novia con el ulterior pedimento de perdón a las familias, se originó, entre otros factores, en la necesidad de evadir la desintegrante presión económica de la dote, que dejaba en ocasiones a la familia que la daba en deuda e hipoteca por largo tiempo. Era mejor robarse a la novia con su consentimiento y hasta ayuda de familiares, que tener que hacer el complicado procedimiento ritual con su base financiera, ya que con el perdón, como un sano juicio de la realidad grupal, las cosas volvían a la normalidad. Esta institución social del raptó, pareciera que contiene en sí misma el germen de la independencia actual de los adolescentes de las autoridades irracionales, o de un sistema económico que explotaba a las familias con los dotes, conteniendo la protesta por el énfasis en lo económico monetario en vez de la libertad personal y la valoración de las cualidades personales. Por supuesto, como todo cambio en toda institución social, puede también estar al servicio de la exageración, o la aparición de otros nuevos conflictos, el equilibrio de los grupos dentro de patrones de relativa estabilidad es un débil sistema de balance delicado: el raptó también sirvió para exagerar la servidumbre de la mujer y el falocentrismo de la cultura. Así pues, el encuentro y el cortejo de los jóvenes hoy en día, siguen como antaño conteniendo las potencialidades de conflictos ulteriores, ya sea por el enamoramiento patológico sin el muestreo saludable de la afinidad de caracteres, ya sea por el desafío o las modalidades presentes de los patrones culturales engañosos, pero con la exageración parcial también en el erotismo y la relación sexual. Pero también el cortejo de hoy en día contiene, sobretodo en las áreas urbanas, algunos elementos de ensayo matrimonial muy útiles para una real unión de la pareja.

La costumbre institucionalizada de la ceremonia de la boda, tiene algunas funciones psicológicas, además de la legalización socioeconómica de la unión. Integra y obliga a la pareja a que cada cual tome cierto rol específico para el que se siente estar listo. El que esta ceremonia sea generalmente en público, forma parte de esta obligación social ritual que contraen los jóvenes delante de su ingrupó familiar y social. Este apoyo psicológico de su ingrupó, reforzado por la costumbre de los regalos, les facilita y les permite a la pareja la entrega sexual en la noche de bodas. Este sigue siendo el esquema vigente en los matrimonios tradicionales, pero quizás este patrón sociocultural se ha vuelto pesado, y hasta antagónico, para la adaptación en las circunstancias tan presionadas de la vida actual urbana. La luna de miel a la manera tradicional, es otra institución cultural que tiene como principal función, la de crear el ambiente propicio para iniciar la intimidad de las relaciones sexuales. En los estratos tradicionales y conservadores, que tienden a vivenciar e interpretar como peligrosos los cambios culturales, por lo que los absorben de manera lenta y cautelosa, la novia llega virgen al matrimonio, en ocasiones el novio llega también con nula o escasa experiencia sexual, siendo la virginidad y la castidad prematrimonial las reglas de valor social entendidas. Por lo tanto, la institución de la luna de miel tiene aún su razón de ser, ya que permite los primeros encuentros sexuales a este tipo de parejas que tienen que enfrentarse a la tarea de disolver numerosos tabúes.

Actualmente estos patrones están cambiando en México, sobretodo en las grandes ciudades, donde el anonimato que presta la gran aglomeración urbana, facilita el ensayo de otro tipo de cortejo. Este cambio en los patrones para el cortejo, la boda y la luna de miel, ha alcanzado a casi todos los estratos económicos de la población, habiéndose efectuado este cambio especialmente en el área de la intimidad sexual prematrimonial. Para las parejas que han tenido experiencias sexuales prematrimoniales, la boda es un mero trámite legal y social, sobretodo cuando la unión ha sido positiva, pero, por sí sola, la experiencia sexual prematrimonial de la pareja no es la garantía de la buena marcha del matrimonio. En ocasiones, en las experiencias sexuales previas al mismo, es donde se originan celos irracionales que hacen después eclosión, pues en esas relaciones 'ilegales' el hombre puede marcar a su mujer como potencialmente infiel o promiscua. Este síntoma en el hombre es característico del complejo machista, donde el hombre le atribuye a la mujer aspectos inconscientes de su problemática sexual, frecuentemente homosexual, y se siente amenazado de abandono de la mujer que inconscientemente representa a su madre. Cuando esto sucede en casos muy patológicos, existe una grave ofensa acerca de la posibilidad de haber sido engañado respecto a la virginidad de su mujer. La experiencia sexual prematrimonial por sí sola no es la garantía de la buena marcha del matrimonio, pues puede ser fuente de sentimientos de culpabilidad que toman diversos disfraces, pero estas experiencias sexuales antes del matrimonio, sí me parecen en general indicadoras de la potencialidad de los jóvenes actuales para adaptarse plásticamente a nuevas necesidades y a nuevos tipos de tensiones y ajustes sociales.

El conflicto fundamental al que se tiene que enfrentar la pareja en esta etapa o 'edad', es el de crear su propia intimidad, que incluye al ambiente físico, y mantener el aporte económico para asegurar un mínimo de estabilidad para este ajuste. El anidamiento no sería posible sin el sostén económico, ya sea prestado por los familiares o por la propia pareja pero la dependencia económica de los recién casados en general trabaja en contra de la estabilidad matrimonial. Volviendo al ajuste psicosexual, una pareja tradicional que ha reprimido las relaciones sexuales hasta la luna de miel, debe encarar de manera más abrupta el comienzo de la intimidad. Compartir de golpe la misma cama y el mismo baño, representa para estos jóvenes tradicionales una tarea psicológica importante. Durante esta etapa de la pareja, surgen muchos problemas ulteriores que después tienden a enmascarse, siendo los principales las diferentes formas del fracaso de la intimidad, como son los problemas sexuales de frigidez, impotencia y eyaculación precoz o prematura. Cada pareja desde su primer encuentro sexual, va a tratar de encontrar su ritmo y poco a poco, en los primeros meses del matrimonio, debe crear su propia forma de satisfacción sexual, integrando ritmo y forma en su fórmula sexual.

Permítanme explicar más que es esto de un ritmo y una forma o modalidad de las relaciones sexuales que se integran en una fórmula sexual. Los tratamientos psicoanalíticos redescubren y comprueban una y otra vez la sexualidad infantil, tomando lo sexual de manera amplia, como el conjunto de lo

corporal y de lo mental, o sea, lo psicosexual. Durante el desarrollo de cada niño se fijan ciertos ritmos y modalidades, o tendencias y patrones de gratificación, pasando por las tres primeras etapas clásicas que el psicoanálisis ha descrito: la oral-digestiva, la anal-muscular y la fálica-edípica. A cada una de estas tres etapas, corresponde el predominio de la zona erógena, o parte del cuerpo, que está en plena maduración en ese momento del desarrollo infantil: la bucal y digestiva en general; la anal y sobretodo muscular y la del interés en las zonas propiamente genitales o de los órganos sexuales externos, pene, testículos y vagina. En cada una de estas etapas, cada zona erógena va a ir teniendo su predominio sobre las demás durante dicho desarrollo infantil, precisamente por la maduración sensorial conforme al patrón prefijado de la especie. Estas tres etapas transcurren, de manera esquemática, durante los primeros seis años de la vida del niño. Cada una de estas tres primeras etapas del desarrollo psicosexual, dejará su huella en cuanto a la modalidad deseada para la satisfacción sexual e instintiva en general, siendo esta huella inconsciente en su mayor parte. Los remanentes de cada etapa se irán integrando a la siguiente, un poco como pasa con los estratos geológicos, pero se fijarán en su conjunto como la modalidad individual de los juegos preparatorios, o preámbulos, para el acto sexual genital, siendo su función la de incrementar la capacidad del placer, que en el acto considerado normal, debe culminar en la penetración y el orgasmo en ambos miembros de la pareja. Hoy día, en cualquier buen libro de sexología, está el estudio de las diferentes curvas del orgasmo y conviene su lectura a los miembros de la pareja que no han tenido un buen desarrollo, pero de nuevo, la exploración de los síntomas severos del ajuste de la intimidad no se puede substituir con un buen libro de sexología.

Desde la luna de miel, o desde antes si ha habido relaciones sexuales prematrimoniales, por la necesidad misma del apareamiento, que es la finalidad de la especie de construir un par afín para su supervivencia, la pareja pone en juego, consciente e inconscientemente, sus propios ritmos y modalidades zonales de gratificación sexual y los primeros meses de la unión sirven para este acoplamiento de mutua enseñanza y aprendizaje del acto sexual. El amor y los deseos de hacer una vida en común en todos sus aspectos, están al servicio de que la unión física, erótica y tierna amorosa se realice cada vez mejor en un complejo interjuego. Al irse poco a poco durante estos primeros meses ajustando los ritmos y los patrones instintivos sexuales, con el normal componente de agresividad no destructiva, o actividad, cada pareja va encontrando así su fórmula sexual. Esta fórmula sexual, la culminación psicosexual del apareamiento, tendrá que ser muchas veces reajustada, sobretodo con la maternidad y con la edad, como veremos en otras etapas o edades del matrimonio. Hasta ahora no ha aparecido en este capítulo lo relacionado a la agresividad humana como la otra mitad necesaria del par instintivo, la sexualidad y la agresividad, los dos impulsos instintivos básicos que motivan al ser humano, como toda especie animal, quizás se deriven simplemente de la necesidad de conservación del individuo y de la especie. Los etólogos, aquellos expertos de la conducta instintiva no sólo animal sino también humana, discuten ampliamente el concepto de energía y la dualidad o monismo instintivo, sería largo e impropio meternos por estos recovecos del experto, quedémonos con la idea, por todos aceptada, de que el impulso sexual y

el impulso agresivo son la base instintiva motivadora de la conducta humana. Nada mejor que el orgasmo, del que se pueden recoger tantos elementos subjetivos y que gracias a estos estudios se ha avanzado tanto en el conocimiento de la psicología de los hombres, para mostrar el intrincado interjuego y balance de estos dos impulsos instintivos. La agresividad convertida en acometividad y en acción dirigida hacia el otro en ambos miembros de la pareja, permite el encuentro y el cortejo, además, esta misma agresividad, detectada en los sueños y en las asociaciones de pacientes y hasta en los giros populares de las mismas, es potencia eréctil, es imagen de seguridad al otro para la entrega y es la fortaleza de carácter, no queriendo significar aquí fortaleza por brutalidad o sadismo, que sería la agresividad no regulada por el yo psicológico, o sea, que sería una de tantas formas de la destructividad patológica. Esta desviación por exageración del componente agresivo de la sexualidad los vemos a diario en los muchos aspectos cotidianos del machismo. Pero existe otra forma de agresividad que los psicoanalistas conocemos muy bien, que es la agresividad por la pasividad, donde el que no se decide, no se responsabiliza, no se entrega, con su pasividad agrede y destruye al otro, que no encuentra así un estímulo fuerte y seguro y una respuesta adulta a sus actos. Antes, culturalmente, en muchos lugares como en México, la mujer era 'programada para tolerar la sexualidad del hombre', se le indicaba con muchos mensajes sutiles, frecuentes y eficaces, que formaba parte de su condición femenina ser el receptáculo pasivo, pasivo agresivo decimos ahora, de los impulsos sexuales machistas del hombre. La mujer así condicionada y reforzada desde su niñez, generaba en su interior núcleos de identificación, patrones estereotipados de maneras de ser, que motivaban un doble juego: someterse al hombre, para cobrarse después adueñándose de los hijos mediante diversos recursos de su pasividad agresiva y culpígena. Los psicoanalistas no podemos contentarnos con mirar la superficie de los hechos, sino que estamos entrenados a ir abajo del espejo reflejante de los mismos hasta encontrar los factores de distorsión de las imágenes. La contrapartida patológica del par hombre macho-mujer abnegada, donde la agresividad toma características destructivas, aún en la complementariedad, sería el par del hombre pasivo con la mujer fálica.

Por diversas vicisitudes de la relación con los padres durante la niñez, se originan jóvenes que después se buscan inconscientemente para complementarse en este tipo de estructuras de carácter que puede alcanzar un grado francamente patológico. La mujer perfeccionista y mandona, que saca las uñas castrantes a las primeras debilidades e irresponsabilidades del marido, lo esclaviza moral y económicamente, cuando su hombre-niño de mamá, confunde cada vez más deber con amor y se deja arrastrar así a una servidumbre masoquista y deprimente, tan importante como en el otro par machista-mujer abnegada, ya que en ambos se ha degenerado el impulso agresivo destructivamente. El yo recurre así al empleo, de manera inconsciente, de una mitad instintiva que se ha hipertrofiado, lo que conlleva a una filosofía adaptativa de dominante-dominado. Cuando los cónyuges tienen entre ellos cierto nivel tolerable de 'lucha por el poder', la lucha por el falo infantil, es el tipo de matrimonios del dicho que 'entre dos mulas tercas nomás las patadas se oyen'. Esta fijación infantil sadomasoquista, que contiene los remanentes perturbadores que motivan

dificultades en el manejo de la agresión, como puede ser la terquedad abrumadora, no impide en muchas ocasiones las relaciones sexuales y el orgasmo a lo 'perros y gatos'. El factor equilibrador del orgasmo es evidente en este tipo de parejas, pues permite la liberación de la tensión, siendo en general de mal pronóstico para el matrimonio cuando las relaciones sexuales se espacian, se interrumpen, o cuando uno o ambos caen en síntomas sexuales.

En las tres etapas del desarrollo psicosexual del niño, que muy sintéticamente hemos descrito arriba, están mezclados, como en toda conducta humana, impulsos sexuales y agresivos, allí es donde se fijan las modalidades de las combinaciones de estos dos impulsos, que son las que van a motivar las conductas ulteriores. No existe un equilibrio perfecto, ni por lo tanto existe un ser 'completamente sano', el concepto de salud es relativo y se refiere sobretodo en último término, a la capacidad individual para adaptarse en el sentido que hemos ya definido. Un equilibrio entre egoísmo y altruismo, entre sexualidad y agresividad, entre actividad y pasividad, sería el deseable, sobretodo, cuando sus resultados traen un balance creativo individual, conyugal, familiar y grupal. Nadie es totalmente equilibrado y sano, ni física, ni mentalmente, pero el concepto de salud mental sí contiene una capacidad equilibradora o compensadora, cuando las crisis internas y externas, con la mezcla resultante del interjuego de ambas series de factores, inciden intensa y duraderamente en los individuos. En la niñez, cuando somos material frágil para el condicionamiento a los estímulos, fijamos los aprendizajes en identificaciones, o modalidades repetitivas de conducta, que imitan a la de los padres y mayores del ambiente infantil, pero también cuando somos niños, con nuestro material instintivo y con reales potencialidades heredadas, exageramos los resultados de las crisis familiares y sociales. En algunos trabajos de hace años, estudié las consecuencias en la edad adulta de la orfandad temprana por la pérdida de uno o de ambos padres. Hoy en día, el elevado índice de divorcios, que demuestra la crisis de la institución matrimonial que no está equilibrada aún adecuadamente las tensiones de la vida moderna, principalmente en la cultura urbana, seguramente nos traerá nuevos desafíos adaptativos que tenemos que explicar aunque no sea sino tentativamente, tal como lo haré después. Pero sí quiero enfatizar, que la sociedad actual es mucho más tolerante para el huérfano y sobretodo para el hijo de divorciados, tanto en lo que se refiere a la lástima por el primero, como al rechazo moral por el segundo. La condición del hijo natural, es otro problema importante acerca del cuál también comentaré después. Pero ya sea por muerte, por divorcio o por paternidad irresponsable, los niños sin la pareja de padres permanentes sufren distorsiones en sus tres primeras etapas de la vida, o aún en las ulteriores, que sin embargo se pueden y se deben compensar y rectificar.

Ya hay que redondear, aunque no de agotar, hablar de las funciones de la primera etapa después del matrimonio. La importancia de los primeros meses de casados, o del matrimonio de prueba, consiste en lograr el juego de caracteres y personalidades que se habían comenzado desde el cortejo y aún desde el encuentro, pero ahora con la intimidad de la vida conyugal, con escasa interferencia indeseable de los familiares de ambos, lo que permite a la pareja

equilibrarse y encontrar su fórmula sexual. La pareja de recién casados necesita, como toda estructura en construcción, el apoyo y reabastecimiento económico y moral por parte de los mayores, pero sólo cuando la pareja lo requiere. Este reabastecimiento emocional y económico debe ser regulado, pues tan malo es correr y andar tras de ellos para injertarles la manguera de la ayuda, o el consejo que no solicitan, como tener la gasolinera abierta con crédito incondicional las veinticuatro horas ya que también es perjudicial permitirles a los recién casados volver a su dependencia familiar. Este asunto de la privacidad es fundamental en la regulación de las relaciones entre la pareja y sus familias. La economía de hoy día, con sus presiones tremendas en todo el mundo y sobretodo en países con escaso e incierto subdesarrollo, es incidente y aún determinante de muchísimos conflictos conyugales adaptativos. La costumbre, cada vez más frecuente en la fiesta de la boda de las clases media baja y baja, de prender al atuendo del novio billetes de varias denominaciones, me parece además de pintoresca, adaptativa, pues le dan a la pareja un desahogo para su viaje de luna de miel. Mil pesos prendidos con alfileres del traje de ceremonia muchas veces alquilado, incrementa el regalo de bodas modesto y facilita con algo de ilusión, la unión que comienza en esa escapada de la dura realidad. Si la dote hoy en día está en desuso, al menos como contrato explícito, los regalos y las ayudas familiares son la gasolina inicial para estos primeros meses de matrimonio, tan necesitados de tranquilidad para un mejor encuentro. Pero seguramente también la pareja de hoy en día se sienten desafiados por los factores económicos adversos y pueden encontrar en ello un motivo para su unión. Los tiempos modernos requieren de una premura de ajustes sobre la marcha misma, pero quizás por estar todos inmersos en esta aceleración de múltiples no podemos opinar aún acertadamente de su éxito o fracaso adaptativo general, pero sí acerca de su intencionalidad y de su esfuerzo para este desafío común.

Es obvio hoy en día, la importancia de posponer el embarazo y planear la familia hasta que se alcance un nivel óptimo y agradable de apareamiento. Los hijos tempranos son siempre un factor retardante de este ajuste, y en los matrimonios conservadores de antes, o aún hoy día en las parejas que se casan para cubrir el honor de un embarazo que los pone contra la pared del deseo o realización del aborto, el componente erótico complejo del apareamiento no se realiza, o sucede precaria y tardíamente, siendo una fuente de conflictos ulteriores para la familia por el desajuste temprano de la pareja. La intimidad de la pareja es un asunto de dos, es un juego de dos donde salen sobrando las familias y los niños. Antaño, el advenimiento de los hijos seguramente estimulaba otros aspectos de adaptación de los cónyuges, pero la creación de la intimidad seguía siendo una tarea, o trabajo psicosexual, a lograr como fuente de placer y de solidez conyugal. Actualmente, la creación de la intimidad se ha situado antes de la paternidad y de la maternidad, con innegable ganancia adaptativa. Los factores económicos son decisivos para buscar la planeación familiar, pues la pareja que debe encarar la creación de la intimidad, en la gran mayoría de la población, debe enfrentarse a crear, o a consolidar y acrecentar una estabilidad económica.

En un porcentaje cada vez mayor de parejas jóvenes, la mujer trabaja ayudando así en la economía familiar, otras veces se prepara para ello, a veces junto con el esposo estudiando ambos en la universidad o en algún centro de capacitación. Por lo tanto, los roles de marido y mujer a la antigua van desapareciendo. En la clase media y alta aún se observan estos roles de manera parecida a las familias de antes, en donde la señora era la dueña de su casa y el señor el proveedor de la misma. Por esa casi total lateralización del ganarse la vida y deber acrecentar el patrimonio económico de la familia, las tareas del hombre, bajo un sistema social donde se valoran los bienes de consumo, el rol masculino-esposo era la suma del prestigio y el poder, la mujer se movía en un segundo plano aparente, con no pocas protestas sintomáticas por dicha situación, pero en muchas ocasiones, era el poder tras el trono del señor. Yo creo que la lucha de clases se está dando también en el seno de las familias, cuando los roles hombre-mujer, esposo, esposa y proveedor-cuidadora del patrimonio, han ido perdiendo su yuxtaposición y se han ido aflojando en sus conexiones. En la joven pareja de hoy en día, no necesariamente el rol o papel de proveedor de la familia está yuxtapuesto y contenido en el de padre-esposo. La colaboración de la mujer en tareas que antes eran casi exclusivamente del hombre, o que tenían que ser tomadas por ella en la emergencia de circunstancias especiales, han liberado a la mujer por sí sola, sin necesidad de movimientos especiales de agrupaciones 'libertarias'. Cuando una institución social se resquebraja por las presiones de sus propias contradicciones, por la adolescencia para adaptar mejor a los individuos que las integran, generalmente existen movimientos antagónicos a la estructura de la institución, que exageran el rebote de la tensión en una dirección pendular, como la inercia de las primeras fuerzas del cambio. Los movimientos de liberación femenina, sin lugar a duda contienen las fuerzas del cambio que pueden ayudar a resquebrajar una estructura y un modelo de relación matrimonial que no es sostenible hoy en día sin modificaciones, pero quizás podríamos preguntarnos si no se está exagerando ya, como señal del rebote, señalándose al hombre como el culpable principal de la situación anterior, cuando eran todas las circunstancias sociales en globalidad las que intervenían y las mujeres, desde su posición de sometimiento, también sacaban su gran tajada. Hace poco vi un cartón en donde afuera de un club de hombres había dos grupos de mujeres, unas con carteles "proliberación femenina", mientras que las otras, traían sendas pancartas con la leyenda de "libertad contra la liberación femenina". La lucha de los sexos, ejemplificada en alguna viñeta anterior como la lucha por el poder dentro del matrimonio, seguramente existe hace mucho tiempo, quizás se tipificó esta lucha cuando se trastocaron los roles sociales y se dividieron rígidamente las tareas, pero seguramente los factores económicos tuvieron mucho que ver para tal lateralización. Actualmente vemos a muchos matrimonios jóvenes de clase alta que envidian, claro está sobretodo la mujer, a los parientes menores que se relacionan y se casan en otras condiciones. El nivel de preparación y de cultura de ambos cónyuges contribuye al estatus de clase, de allí su importancia como factor de cambio, pero también en esa misma lucha de los jóvenes por ascender de nivel económico, se refleja en los conflictos matrimoniales, donde parece que se ha agudizado la lucha por el poder. En otras palabras, cada tipo de estructura social

se duplica al menos en parte, en la estructura matrimonial y en cada nuevo tipo de matrimonio se van generando también los factores para el cambio social.

En otro ensayo especial en preparación sobre los factores psicológicos del cambio social, detallaré las ideas que ahora sólo voy a esbozar. Doy por un supuesto psicoanalítico, que cada ser humano tiene que pasar por un proceso que llamamos la individuación-separación, al que se llega alrededor de los treinta y seis meses de edad, o a los tres años esquemáticamente, consistente sobretodo en el logro de un nivel de desarrollo que cada niño vivencia como de pertenencia a sí misma, como un ser separado de su madre, conteniendo dentro de sí mismo sus pensamientos y sus afectos, no así la capacidad para su decisiones. Esta culminación de un momento o fase del desarrollo psicosexual con gran dependencia de los adultos, coincide con el clímax de la etapa sádico-muscular, donde también aparecen las primeras habilidades para el pensamiento abstracto. Pero lo más importante es que también inferimos que el niño siente la soledad y la finitud de sí mismo, puesto que se individualiza. Para luchar contra el sentimiento de soledad y la posibilidad de la muerte o la finitud, no necesariamente vivenciadas y entendidas a la manera adulta, el niño es sensible a toda filosofía de vida y de trascendencia que lo proteja de esa angustia de individuación-separación. Todo ésto no es mío, es uno de los nuevos campos, quizás el más fructífero, del avance de la teoría psicoanalítica. Lo que sí son mis ideas, es de que las fantasías de supervivencia se originan y se estructuran en núcleos complejos motivadores de conducta social potencial en una polaridad conservadora-liberal, en donde radican las fuerzas que nutren las decisiones políticas ulteriores de la adolescencia, la juventud y la madurez. Cuando las circunstancias ambientales socioeconómicas son estables, esos núcleos permanecen latentes e inconscientes, pero como ya no existe en parte alguna del planeta esta estabilidad, para la toma de decisión con una definición política, económica y social, los individuos reaccionan conforme a dicha programación conservadora-liberal, con el predominio de una de las corrientes y con la reedición del antiguo conflicto infantil revestido del ropaje de las circunstancias reales actuales. Los padres les enseñan a sus hijos de muchas maneras, a veces con mensajes contradictorios, cuál es su particular filosofía de supervivencia. No se necesita sólo que le digan al niño lo que debe o no hacer, o a lo que debe o no aspirar, sino con ver y vivenciar la eficiencia de la conducta de los padres, internaliza y aprende acerca de su técnica o conducta social, que integrará en su propio sistema para la lucha por la vida. Cuando las circunstancias externas los presionen, los adolescentes, los jóvenes y los adultos, tomarán bandera del lado conservador y del lado liberal, porque creen en un sistema de supervivencia que identifican con 'el progreso'. Unos, reforzarán los aspectos conservadores de su cuna y defenderán la sangre azul de su herencia, mientras que otros, criticarán esos orígenes y tratarán de encontrar, según su propia independencia interior, otras alternativas del lado liberal. También en los primeros meses de matrimonio entran en juego tales núcleos en la pareja, dándose en muchas ocasiones la polarización de uno de ellos como liberal y el otro como el conservador de la futura familia. Lo que me interesa dejar sentado aquí, en este esbozo muy sintético de

mis ideas, es que la lucha política también se da en el seno de la pareja y por supuesto, en el seno de la familia.

Siguiendo a la pareja en la línea del tiempo y de la edad, el primer embarazo de la joven señora es de importancia capital. Ya sea que idealmente este embarazo haya sido planeado y buscado conscientemente, ya sea que fuere un suceso un tanto inesperado, el primer embarazo trae su conmoción propia. La especie humana necesita de una complicada matriz emocional que trasciende con mucho la mera biología de la concepción y el embarazo. La embarazada requiere la compañía del esposo en el más amplio sentido del término, así como la protección y la seguridad económica para el mejor desenlace del mismo. No en vano los sistemas de seguridad social protegen, o tienden a hacerlo, a la mujer en 'estado'. Es demostrativo de nuestra cultura, la confusión de los estereotipos o clichés verbales respecto al embarazo, pues pareciera que el único estar o ser de la mujer es 'estar en estado', contradictoriamente con llamarle al parto un 'alivio', como si el 'estar en estado' fuera una 'enfermedad' y el parto una 'curación'. Creo que en parte es responsable de esta confusión, lo complejo del estado psicológico que acompaña al embarazo, pero también a la exageración que se le fue dando al rol paternal, sobretodo en las clases medias y altas. Todo cambio corporal importante se acompaña de cambios en la esfera psicológica y el embarazo es una confirmación. Durante el mismo, la mujer sufre una especie de regresión en la que busca la ayuda de la madre para fortalecer así la identidad latente con ella que ha internalizado desde la infancia. Pero también desea la ayuda de un 'padre' y solicitará inconscientemente del marido que funcione como tal, como un padre protector que la cuide en ese estado de regresión normal. Pero si además la joven futura madre tiene remanentes importantes de comportamiento infantil y es aniñada, exagera los efectos de la frustración de estos requerimientos tornándola muy sensible, con deseos de descargar su coraje, ya contra el producto o ya contra el 'autor y culpable' del mismo, o contra ambos. Los ginecólogos expertos saben muy bien que deben ser cuidadosos en valorar los síntomas físicos, pues encubren los psicológicos que presenta la mujer 'nerviosa' primeriza, expresan el rechazo inconsciente al hijo, al rol maternal y al padre de la futura criatura. Quizás esta debilidad para el rol maternal sea otro de los signos de la psicología de la clase ociosa, la de familias con un alto ingreso que inducen a sus hijos una gran dependencia, donde las hijas crecen sin haberse enseñado siquiera a hacer las mínimas tareas de casa. Antes de los movimientos estudiantiles en las universidades estatales y nacionales estudiaban allí 'filosofía y letras', pero la comunismofobia las corrió, hoy van aún a una 'finishing school' en donde las clases de idiomas, algunas de labores manuales de exhibición aparato y sobretodo, las clases de buenas maneras, son el 'acabado escolar' necesario para su anclaje en un patrón sociocultural anacrónico que está en desintegración y disolución. Las abuelas de esas jóvenes con remanentes importantes de dependencia infantil, tenían por lo general una conducta un tanto estoica frente al embarazo y sobretodo durante el parto, porque el sufrimiento estaba incluido en su rol o 'condición' femenina y también porque los cuidados médicos a la parturienta eran limitados. Se incluía en esos tiempos el dolor, el sufrimiento y la abnegación como ingredientes del papel de mujer y de madre, por lo tanto, el estoicismo era

su contrapartida adaptativa. La sobreprotección que sufren muchos de los hijos de las clases pudientes, los ha paralizado en el desarrollo de sus facultades yoicas. No pocas crisis violentas entre padres e hijos en esos estratos socioeconómicos, deben su origen a los deseos de independencia de los segundos, que emplean la agresividad, aún destructivamente, tal como el niño de tres o cuatro años al que no le permiten su individuación, exagera los componentes naturales de la fase sádico-muscular por la que atraviesa.

Para el futuro papá, el primer hijo también lo conmociona en su ajuste anterior. No es raro la aparición de muchas actitudes de desapego a la esposa embarazada como reacción agresiva por celos inconscientes al propio hijo, vivenciado como un hermano rival que interfiere en la relación con la madre-esposa. Esto sucede más frecuentemente cuando el primer embarazo viene poco tiempo después de la luna de miel, en plena creación y aprendizaje de la intimidad psicosexual. Un joven futuro padre vino a tratamiento psicoterápico porque con el inicio del embarazo de su esposa, tres o cuatro meses atrás, había comenzado a tener según su propio relato: “alergias, colitis, dolores de cabeza... que me hacen quedarme en casa y no querer ir a trabajar... sin embargo también me siento mal con ella (la esposa) porque hace como dos meses estoy saliendo de nuevo con una antigua novia que está divorciada...”. Esta conducta de la que se siente culpable al abandonar a la esposa y estarse enredando con un antiguo amor, junto con los síntomas claramente psicósomáticos, ya que así lo sugirió el internista que me lo recomendó, demostraban cómo se estaba repitiendo un antiguo conflicto infantil. Pero digámoslo en otro trozo de una de sus sesiones cuando le solicité hablara más de sus síntomas y de su necesidad de quedarse en casa, aunque sus molestias fueran compatibles con las urgentes tareas de su oficina: “No tengo ganas de levantarme algunas mañanas... quizás porque la noche anterior me fui de paseo con mi amiga... me salí temprano del despacho y fuimos a cenar... seguramente la cena me hizo daño, pues desperté varias veces en la noche con la colitis... de chico mi mamá me purgaba seguido cuando me indigestaba y se preocupaba por mí... yo era muy tragón de chico y después de una fiesta, enfermedad segura...”. La relación de dependencia de la madre se nos hizo muy clara en otra sesión. “Cuando Usted no me pudo cambiar mi sesión de ayer, a pesar de que tenía algo muy urgente, (léase: ‘cuando Usted no se dejó manipular por mis caprichos’), me enojé mucho, tuve ganas de ya no venir, pero reflexioné que era como uno de mis tantos berrinches, si no conseguía lo que quería por las buenas, me enfermaba y mamá o Z. (una hermana de la madre que vivía con ellos) me cuidaba... Anoche tuve la alegría por todos lados, tuve que tomar otra pastilla extra de las que me mandó el doctor... soñé lo siguiente: “en una casa sórdida y fea, una mujer vieja que no le veía muy bien la cara, me obligaba a cargar unos sacos llenos de estiércol de caballo que apestaban... me daba asco tener que agarrarlos y echármelos al hombro, pues eran grandes y pesados, en el sueño pensaba que me iba a empeorar de las ronchas y hasta sentía el asco con ganas de vomitar... desperté y efectivamente sentía mucho la comezón y fue que tuve que tomar la pastilla...”. Este joven era el segundo de una larga y seguida serie de hermanos, había aceptado tratarse tanto por la recomendación del internista de la familia, como por un escándalo que le hizo la suegra a raíz de que

lo pescó con la ex-novia en un restaurante. No voy a explicar toda la psicodinamia de este caso, pero sí creo que es ilustrativa la interpretación del sueño, que como todas las interpretaciones que hacemos en los tratamientos, son producto del mismo material que el paciente nos proporciona en sus asociaciones. Fue muy claro y útil para él, comprender que la mujer vieja, como una bruja, era yo representando la imagen que tenía de la mujer embarazada que le obligaba a aceptar a los numerosos hermanitos, simbolizados en los sacos pesados de estiércol de caballo. Las ideas inconscientes en el sueño que elaboró poco a poco, fueron cruciales para entender y superar su crisis de padre primerizo, las podemos resumir así: “No quiero ser padre, quiero seguir siendo niño y la mujer embarazada me repela y me da asco por tantos hermanos que tuve, prefiero otra nueva novia con la cual comenzar el ciclo de mis berrinches”. Como trabajábamos desde el principio tres sesiones por semana, decidió acostarse en el diván para continuar más profundamente en un verdadero tratamiento psicoanalítico. Al nacer el bebé, una niña, se comportó a la altura de las circunstancias, lamentándose irónicamente que se le había quedado la caja de puros, ya que hubiera deseado un varón a su imagen y semejanza. Los tratamientos no terminan con un colorín colorado color de rosa, sino que este joven profundizó en su vida por largo tiempo durante su tratamiento, que en ocasiones no tuvo nada de fácil y por supuesto nada de mágico, sino que como en todo tratamiento, la labor principal es la de digerir las fijaciones infantiles.

Hay dos experiencias madurativas importantes para el ser humano porque lo confrontan existencialmente: la primera, del peligro de la propia muerte o la de un ser querido y, la segunda, la vivencia de participar con pleno conocimiento en la creación de una nueva vida. Frecuentemente tratamos pacientes que no han pasado ni por la experiencia de la muerte de un ser muy cercano, ni por la maternidad o paternidad. Cuando en el curso de sus tratamientos suceden una o ambas experiencias, el psicoanalista ve literalmente acelerarse la maduración psicosexual. Al ayudar en el proceso de elaboración, el psicoanalista es testigo de cambios fundamentales en la conducta de los pacientes. Por supuesto que nadie quiere morir, salvo para escapar de graves sufrimientos físicos o en estado de grave depresión o intensísimo pánico, pero en general, nos defenderemos de la muerte, existe siempre cierto temor a ella que sin embargo, debemos reprimir para seguir viviendo. En cambio, respecto a los deseos de traer una nueva vida, sí existe toda una gama de sentimientos, desde la peligrosa paternidad irresponsable que riega hijos por doquier sin consciencia de los alcances de sus actos eróticos, hasta el celibato, no por elección y responsabilidad consciente, como en algunas vocaciones, sino por verdadero horror a la responsabilidad del rol paternal. Claro que es mejor que se abstenga de traer hijos aquél que no se sienta capaz de educarlos, pero no estoy tratando acerca de los casos extremos. La participación afectiva de la madre en la procreación es mucho mayor que la del padre, pues ella lleva dentro de sí a la criatura, que le acompaña y tendrá toda una gama de reacciones psicofisiológicas, hasta el momento del parto. Los papás somos acompañantes del proceso del embarazo y actores de apoyo. Por el proceso mismo de la dependencia del niño con la madre, el papá entra mucho más lentamente en la vida del niño que ella, pero como opinamos antes, la buena

relación de la pareja entre sí favorece la matriz emocional en la que nacerá el niño. Cuando es posible el llamado parto psicoprofiláctico, deja en ambos padres una maravillosa experiencia creativa. También se están haciendo experimentos muy interesantes, consistentes en que el parto se desarrolla en la penumbra, sin estímulos violentos para el niño que está naciendo, sin luz ni ruidos excesivos, sin sedantes u otras drogas. El bebé es inmediatamente bañado en agua tibia y se le liga el cordón hasta que se regularizan sus constantes vitales perturbadas por el cambio respiratorio de placentario pulmonar. Quizás no todas las madres, ni todas las parejas, porque los papás también participan en el parto acompañando a la mujer, pueden llevar a cabo el parto psicoprofiláctico, con el agregado de este tipo de tratamiento ambiental para el recién nacido, pero por sus bases teóricas creo que vale la pena intentarlo. No todos los parteros están de acuerdo con este tipo de trabajo, no sólo por lo más prolongado, sino porque entraña ciertos riesgos que no están dispuestos a afrontar con las pacientes a su cargo.

Es un sentimiento universal que si el hijo que viene es deseado, tengamos en mente, en fantasía de alguna manera, algunas ideas de lo que queremos de él y en aquello que deseamos nos trascienda, nos compense o nos continúe. No todos los deseos ideales de los padres acerca de sus hijos son conscientes, pues hay procesos inconscientes que pueden ser fundamentales. Existen muchos 'partos' o desprendimientos durante la vida, de pecho, cada él que está viviendo, la sentimos estable hasta que se llega el momento de dejarla, con la experiencia de otro desprendimiento. Cuando los hijos van creciendo, cuesta trabajo, a veces un gran trabajo, la elaboración interior afectiva, a veces dolorosa, otras muy feliz, frecuentemente mixta, de pensar y aceptar que ellos son sujetos fuera de nosotros, ligados por cariño y por otros afectos, inclusive neuróticos, pero es difícil reconocer que ellos son personas, con su propia vida y su propio camino por recorrer. Pero como el ser humano nace tan inerte, como ningún otro mamífero, gozamos esa dependencia, durante ella, los vamos enriqueciendo con nuestras experiencias, aunque también los debilitamos inevitablemente con nuestros conflictos. Los psicoanalistas no sólo vemos los conflictos y los sufrimientos humanos, pues igual que el médico en general, comprende también la salud, la alegría y los afectos constructivos sin los cuáles no hay vida ni amor, tenemos que proteger las partes sanas del paciente. Si no tuviéramos una dosis importante de optimismo, no podríamos encarar los sufrimientos y los desajustes mentales y adaptativos de nuestros pacientes. La experiencia de tener un hijo es vital para el desarrollo, cuando el embarazo y parto llegan a feliz término, la pareja se siente unida por la vivencia de haber creado un hijo.

El principal conflicto que los nuevos padres tienen que encarar, es el de la crianza y educación del nuevo hijo, ayudarlo en todo lo que necesita, desde su nivel de gran dependencia e inermidad. Cuanto más va creciendo este hijo, más requiere que se le comprenda, que se le vaya entendiendo en sus necesidades, pero sin perder de vista la creación en él, de sentimiento de independencia. El sentimiento de independencia como el de libertad son relativos, nadie es totalmente independiente o totalmente libre, es humano ser interdependientes, nos necesitamos unos a otros, esto es obvio, pero en la obiedad puede ir la creación

de la trampa que atrapa a los hijos en la sobreprotección, o en la filosofía contraria de que todo, de cualquier manera, saldrá bien. En este momento me imaginé como si estuviera escribiendo para personas que no han tenido un hijo, dándoles las recetas que la naturaleza ya les dio, o de todas maneras ya les dará, pero en la aparente simpleza de seguir los dictados de la naturaleza se esconden los determinismos de nuestra propia maduración y desarrollo psicosexual hasta que llegamos a la experiencia de ser padres. Si no comentara mis ideas acerca de estos temas, me sentiría como el médico que no tiene nada que hacer frente al resfriado común, pero que observa y cuida sin embargo, los síntomas de las complicaciones. Con ésto quiero decir, como al principio del capítulo, que reflexionar no quiere decir estar paralizado cavilando en todas las influencias que intervienen en la crianza y educación de los hijos. Dicen que hay tres tareas imposibles: educar, gobernar y psicoanalizar, pero el sentimiento de imposibilidad para estas y otras tareas, radica en el prejuicio de la omnipotencia que el educando, el ciudadano y el paciente nos atribuyen. No somos seres omnipotentes, sólo podemos ser más o menos eficientes como padres, maestros, gobernantes o psicoanalistas, de hecho, la lista de las tareas imposibles podría ir creciendo interminablemente, porque repito, lo que está en la base de la imposibilidad es la exigencia de resultados exactos, perfectos y por supuesto imposibles de obtener. Lo que importa es el espíritu y la honestidad consigo mismo con la que se emprende cualquiera de estas 'tareas imposibles'.

Como la relación entre padres e hijos no está exenta de tensiones, el futuro padre, consciente o inconscientemente, desea y teme el advenimiento de una criatura, porque cada hombre o mujer desea compensar o reeditar, aquella relación que tuvo con sus padres, pero teme sobretodo repetir algún tipo de conflicto especialmente dramático, con ellos en el pasado. También deseamos que nuestros hijos no pasen por lo que nosotros pasamos, refiriéndose a las situaciones malas o difíciles de la vida. Es muy frecuente ver que a la primera generación de hijos de emigrantes pobres que ya han hecho fortuna en México, no se les haya enseñado con proporción el valor del dinero. Este conflicto transmite a veces bajo el signo opuesto a la generación de los nietos del emigrante, oscilándose así de la frugalidad y hasta la tacañería, a la esplendidez, el despilfarro y la confusión. No sólo en lo económico, sino en todo lo demás, los hijos inconscientemente nos 'sirven' para compensar y rectificar nuestra infancia, siendo difícil aceptar que podamos tener hacia ellos diferentes matices de la misma problemática que tuvimos con nuestros propios padres. Más que una herencia verdadera, lo que realmente sucede es el aprendizaje de reediciones de conflictos o de tiendas pendulares de los mismos, son las dos caras de la misma moneda pero acuñadas con la diferencia y el antagonismo y las similitudes de dos generaciones. Soy consciente de estar enfatizando la conflictiva potencial, pero por supuesto que también la llegada del primer hijo de la serie, si pone a prueba la fortaleza yoica de los padres con la potencialidad de la reedición de sus conflictos infantiles, también despierta consigo la alegría por su nacimiento. Me gusta pensar que en esta alegría familiar debe estar el reflejo de la especie por asegurarse así su continuidad, y con ello, la posibilidad de la supervivencia. Para la gran mayoría sin embargo, no es cuestión de especie sino de grupo familiar. En

nuestra sociedad patrilineal, la llegada de un varoncito es diferente al nacimiento de una niña, porque aquél conservará el apellido. En general, estos conflictos siempre se dan, pues cada familia desea 'complementarse e integrarse' según su propio patrón, y estos conflictos no trascienden gravemente sino en casos patológicos. Los psicoanalistas vemos pacientes con problemas de identidad sexual, provocados en parte por esos anhelos de los padres de que hubieran nacido del sexo contrario.

Todo ser humano nace con cierto rol prefijado por su comunidad inmediata, antes dije que cada hijo nos 'sirve' para compensar o equilibrar algún problema de nuestra infancia. En este 'anteproyecto' del futuro bebé, están plasmadas todas las fantasías y también las potencialidades reales de la familia, el deseo de acerca del sexo de la criatura por supuesto también está aquí incluido. Cuando más lucha una familia por el 'ascenso' en la escala socioeconómica para lograr o conservar una posición de 'privilegio', tanto más cargará de ideales al yo del pequeño, siendo pocas y difíciles las posibilidades de 'libertad'. La propia organización o clan familiar, si le facilitan los medios al pequeño para 'construir y realizar el anteproyecto ideal', el resultado no parece tan descabellado o irreal, aunque viéndolo más profundamente también sea otra de las causas de la rigidez de las clases en cierta sociedad. Pero en otras ocasiones, el distanciamiento entre el 'anteproyecto' y las posibilidades reales suena francamente patológico. A pesar de todo, cada madre y cada padre y sus respectivas familias, con cada nuevo miembro por venir, desea algún tipo de trascendencia. En cada tipo de organización social y económica, en cada estrato de su población, podemos estudiar la organización ideal deseada para sus descendientes. Este depósito ideal es un factor potencial muy importante del conflicto entre generaciones de padres e hijos, pues cada adolescente y cada joven del presente, lleva internalizado desde su infancia un trozo ideal de la historia y de la antihistoria de sus padres, durante su crisis de identidad tendrá que hacer la elaboración y digestión de la misma. Este tema de la lucha generacional seguramente será tratado en otro capítulo con más detalle. Sólo deseo dejar sentado que desde el embarazo, los padres del futuro bebé y las familias, van ejerciendo de alguna manera un cierto proceso de condicionamiento inevitable para la estructura e internalización de los ideales del grupo. No quiero dejar la impresión de un determinismo absoluto, pues quiero recalcar que aunque sea relativa la libertad y la autonomía del yo humano, aún dentro de esa relatividad de su función es capaz de equilibrar y ajustar diversos conflictos, algunos de gravedad, lo que prueba la plasticidad humana como condición adaptativa óptima, obtenida gracias a su gran dependencia. Sin esa autonomía y plasticidad del yo no habrá cambios sociales, seríamos meros eslabones idénticos de una cadena sin fin.

Todo primer hijo hace 'padres' a los padres, se dice fácil, pero es todo un acontecimiento psicológico. Como el papá al principio es un elemento de apoyo y va entrando poco a poco en la vida del niño. Felizmente los jóvenes actuales mucho más temprano que nuestros abuelos, son las mamás las que manifiestan más las vicisitudes de este acontecimiento, de hecho, ya había apuntado antes, la relación madre-hijo es la de una simbiosis muy particular. Aunque el nacimiento

los separa físicamente, emocionalmente existe por mucho tiempo un ligamen complejo donde la madre manifiesta su tendencia a la ansiedad o reacciona con seguridad a los requerimientos del niño. No voy a tratar todo lo relativo a esta relación, pues mi tema central es el de la pareja, señalaré tan sólo, que la madre tiene que enseñarse poco a poco a traducir en acciones eficientes los requerimientos y 'deseos' del bebé, pero aceptando que aún desde pequeño va a irse desarrollando desde su propio centro como 'persona'. Cuando la pareja está en buenas relaciones y no hay números rojos en el balance de sus relaciones, es sorprendente la capacidad de la madre para interpretar mejor al niño. La madre y el bebé integran una mutualidad, puesto que cada uno estimula y refuerza en el otro conductas recíprocas. Las abuelas de antes, que en general amamantaban a los niños y no habían leído manuales acerca de la crianza del bebé, sentían lo que llamaban el 'golpe de leche', una sensación súbita, molesta y hasta dolorosa de la plenitud de los pechos, a veces lateralizada a uno de ellos, del que prendían primero al lactante, a veces tan intenso que las despertaba por la noche y les indicaba así que 'el niño tenía hambre'. Por supuesto que no podían saber real y conscientemente que el niño tenía hambre, sino que ya se había regularizado mutuamente entre ambos en la oferta y la demanda, ellas lo decían como si 'leyeran' o 'supieran' del sufrimiento por el hambre de su pequeño. Esta mutualidad de comunicación inconsciente alcanza su máxima efectividad, con la espontaneidad y libertad de la madre, ya que así, entran en juego sus propias capacidades instintivas. Las madres sufren mucho con su primer hijo porque el peligro parece acecharlas por doquier. Las madres muy frías y eficientes, pareciera que programan como computadora de empresa esta mutualidad, induciendo desde la cuna la rigidez del pequeño. La confianza en los instintos no se puede sino describir, pero es imposible de enseñarse, tiene que pasar la madre por la propia experiencia y la buena relación firme y segura con el esposo, que cada vez acepta más su rol de padre, lo que le da la confianza necesaria para su entrega instintiva interior, para esa libertad en que su yo se pone en contacto con sus mejores capacidades instintivas. La interrelación del yo con los instintos en estado óptimo de salud, es fluida y le da fuerza, cohesión y flexibilidad, por lo que dispone así de las máximas capacidades para adaptarse a un mundo cambiante, ayudando a crear mutualidades tan fundamentales con otro ser humano, con tanta compenetración y entendimiento, como son la crianza, la intimidad y el orgasmo genital.

En cada etapa de cada niño, la pareja requiere de sus mejores capacidades para ayudarlo en el desarrollo psicosexual. Cada uno de los integrantes echa mano para ello tanto de lo que aprendió en su propia infancia, como de la misma experiencia actual por su flexibilidad yoica, además de otras informaciones que digeridas con criterio, les permitan enriquecer sus conocimientos. Las lecturas de buena clase, de real interés, que refleje las acciones yoicas saludables de otros personajes, o los conflictos humanos en forma realista y con alternativas, pueden ser un elemento muy importante para la maduración yoica. La buena relación de la pareja, que se manifiesta entre otros signos, por la capacidad de platicarse las cosas y las situaciones sin que surja el dominio o el combate, les permite descubrir también, como en su fórmula sexual, su propia fórmula educativa, que

no necesariamente tiene que ser una especialísima, única y totalmente innovadora, sino fundamentalmente segura y tranquila. El niño que está en el proceso de individuación-separación, frecuentemente tiende a usar el impulso agresivo para sus propios fines de separarse de la simbiosis materna, si esta conducta es sólo interpretada como 'maldad', motivará en los padres una reacción correctiva que incluye a veces también la agresividad, cerrándose así el círculo vicioso de dominante-dominado. Si en cambio se entiende al pequeño que hace sus primeras 'manifestaciones planeadas de protesta', se le puede tratar con más equidad en sus requerimientos. Una joven madre relataba con mucho enojo en una sesión de psicoterapia de grupo: "Los dos niños me dan tanta lata, parecen unos monstruos (tenían tres y dos años), que cuando llega mi marido no me contengo de quejarme, a veces se desespera y llama a cuenta al mayorcito y en ocasiones le ha dado sus nalgadas... después me siento mal por no haberme detenido de acusarlos, pero no sé que hacer... a veces llega y come aprisa o se pone a leer el periódico...". Otro de los pacientes en el grupo comentó: "Me harta oírte con tu voz chillona, yo como tu marido también me gustaría ponerme a leer el periódico...". Este pequeño diálogo terapéutico, con toda la intensidad emotiva nada social en que se desarrolló, le mostró en vivo a la joven señora la manipulación que hacía sobre el marido para que fuera el verdugo de las sentencias que ella no ejecutaba sobre sus 'rebeldes' que estaban creciendo, pues con sus gritos estimulaba más su agresividad, por no comprender las necesidades madurativas de una etapa normalmente muscular y opositora en su expresión, dada la edad de los dos 'monstruos'. Intentó de propia iniciativa, salirse al parque con ellos temprano antes del ritual del baño hasta que se agotaran y divirtieran en sus juegos, se permitió dejar de lado el sagrado ritual del baño al levantarse, entendiendo mejor que ese ritual era algo mágico obsesivo en ella, y que las necesidades musculares de los niños eran primero; simplemente con invertir los procesos de higiene y diversión, cambió mucho el clima de la casa. El marido al llegar, encontraba así una señora descansada, porque los niños ya habían comido y tomaban su siesta y él no tenía que ejercer el molesto rol de verdugo para mantener la autoridad familiar. Una vez descargados los indispensables y normales ejercicios yoicos de los niños, su exploración de la relación con el nuevo personaje del papá, de importancia cada vez más creciente, fue más placentera por ambas partes.

Cada nuevo descubrimiento del psicoanálisis trae la tentación de su inmediata aplicabilidad práctica, pero debemos ser cautos los psicoanalistas en recomendar diversos procedimientos de higiene mental tan pronto como se logra una nueva síntesis teórica que nos explica y nos hace coherentes una serie de fenómenos, pues de la teoría a la práctica hay el trecho importante de la prueba de la teoría. Como en los humanos es difícil, si no imposible, diseñar un experimento sobre el desarrollo infantil, que además duraría largo tiempo y podría ser seriamente lesivo para los sujetos de experimentación, lo que hacemos es observar lo que pasa naturalmente y seguir poniendo bajo prueba lógica las nuevas teorías. Cuando se describieron de una nueva manera teórica los complejos fenómenos de la simbiosis madre-niño, por haberse observado en guarderías cientos de madres con hijos pequeños, de haberseles hecho

entrevistas en su casa con los esposos y, compilado y sintetizado los datos de los tratamientos de padres jóvenes y de niños pequeños con graves síntomas conductuales, se nos aclaró mucho la complejidad de los procesos del desarrollo durante esa etapa de individuación-separación, que como hemos dicho antes, coincide y es accionada en parte, por la etapa sádico muscular que sucede alrededor de los tres años del niño. Una de las primeras 'recomendaciones' higiénicas que surgió a raíz de esos descubrimientos, fue que no hubiera nuevos hermanitos perturbadores durante de esa simbiosis tan fundamental para el desarrollo, por lo tanto, se recomendó se planeara el siguiente embarazo de la madre hasta que el anterior niño se hubiera 'separado', para hacerle así más llevaderos los celos y la rivalidad con el 'avendizo'. Pero cada vez observamos más, que lo importante es el clima y la capacidad emocional de la madre para realizar su propia serie de hijos. O sea, que sigue habiendo madres que desean y pueden tenerlos seriados y darle a cada hijo su pedazo de pastel materno sin mucha conflictiva, y, hay madres, que requieren para cada hijo una tranquilidad especial para no perturbar la creación de su mutualidad. Un índice de gran intolerancia para una serie seguida de hijos, es una fuerte ansiedad y conflictiva emocional desde el primero. Sin embargo, a pesar de cierta dosis de angustia e intranquilidad, una madre puede sentirse muy gratificada con una pareja o un terceto que le dan cierto orgullo y mucha alegría al sentirse jefa de patrulla infantil. La persistencia en el adulto de ciertos rasgos infantiles juguetones y bromistas, son la base del buen humor y de cierta intrascendencia y superficialidad para no tomar los menores accidentes de la vida como catástrofes. Cuan aburridos son los sujetos adultos perfectos que parece que se atragantaron con las normas sociales, aún con las más intrascendentes. Conozco madres que a pesar de que cada embarazo y cada parto les despertaban serias angustias, sin embargo pudieron llevar bien la educación de sus hijos seguidos apenas por intervalos de uno a dos años. Con toda honradez, las nuevas teorías de la fase de individuación-separación, más que desembocar en rígidos preceptos higiénicos reguladores de los intervalos entre los hijos, facilitaron sobretodo la comprensión de los celos infantiles y las dificultades para la adecuada descarga, el control y la socialización de la agresividad.

También hay otro factor a tomarse en cuenta en esta etapa procreativa de la pareja, me refiero a la incidencia de los factores económicos, ya que es en esta etapa juvenil cuando se requieren todas las capacidades de ambos para lograr una estabilidad económica y social. Cuando la madre contribuye al ingreso familiar, situación cada vez más frecuente, la adecuada planeación de la serie de hijos es fundamental, para no verse empujada sin respiro a las tensiones normales de la procreación, ya sean éstos sólo dos, o máximo tres, como es lo aconsejable hoy en día, pues le surgirá resentimiento contra su trabajo y contra su nueva familia, por no poderse dar el placer instintivo de una maternidad tranquila, desde la concepción hasta esa fase de individuación-separación del hijo en turno. Un buen estudio de planeación familiar debe incluir el estudio detallado de la incidencia de los factores económicos de la pareja, sin que ésta camine por un estrecho túnel angustiante.

La época de la pareja que va desde el primer hijo hasta que el último de la serie se haya separado de la simbiosis con la madre, que hemos señalado tantas veces como fundamental en el desarrollo psicosexual humano, coincide con el de la estabilidad económica, profesional y de trabajo para el 'ascenso' del padre y con él, de toda la familia. Esta necesidad de consolidar la economía de la pareja es en parte la territorialidad. Se podría definir la territorialidad, la quinta conducta de la especie a la que me referí al principio de manera general, como la tendencia a organizar la conducta hacia el dominio y conquista de un trozo de territorio que rodea a la pareja que ha anidado, así como a su limitación, para asegurar lo necesario para la supervivencia de la pareja y la de su prole, la territorialidad se ha sofisticado mucho con la evolución de la civilización, en los estados de organización capitalista, se refiere sobretodo a la posibilidad de controlar los medios de producción. Sin irnos tan lejos, el deseo de tener casa y propiedades, cuenta bancaria y reservas, bienes de lujo y potencialidad para la adquisición de los de consumo diario, mueven a los humanos en este sistema de distribución irregular y un tanto injusta de los bienes. La envidia, la competencia con otro y el prestigio están muy ligados a la territorialidad. No es el lugar para el análisis de los sistemas de gobierno, ni de las estructuras sociales, cosa deseable que requiere de un alto nivel de asistencia interdisciplinaria, sólo quiero enfatizar que cada pareja 'conquista' parte del entorno económico para asegurar su propio desarrollo como grupo familiar. Sería deseable poder hablar acerca de aquellos patrones conductuales aprendidos en la infancia, en donde se fijan las tendencias a exagerar la seguridad mediante los bienes de consumo, o de aquellos otros, mucho menos frecuentes, donde la propia integridad y la evolución de otros sentimientos, prevalecen sobre el 'amor' por las cosas. En este momento, indudablemente están llegando a un punto vital los cuestionamientos de las tendencias acumulativas de todos los individuos y subgrupos que están inmersos en una sociedad de consumo. Sin embargo, creo que también en otros sistemas de estructura social existe la tendencia a la territorialidad, pero seguramente será en otras direcciones y con otras manifestaciones. Uno de los desideratum de la actual lucha política en el mundo, por lo menos en cuanto se refiere a la posición del hombre hacia el hombre mismo, quizás sea el desarrollo de sistemas de relación intermedios, nuevos, con posibilidades más creativas para la supervivencia en general de la especie. Hoy en día, creo, que sobretodo en la sociedad de consumo, se han enmascarado y hecho más sutiles las antiguas tendencias de la especie de esclavizar a otros seres humanos. Las grandes potencias superdesarrolladas, con sus trágicas estelas de dictaduras en los territorios que han convertido en sus cotos de caza muy competidos, la predación carnícora y canibalística está presente, se tejen continuamente nuevas formas de esclavitud y servilismo, donde unos humanos someten a otros, porque hasta ahora, hemos fallado en integrar los subgrupos, las razas y las falsas subespecies; pero todo ésto, será tratado en alguna otra ocasión.

Este es el esquema en nuestra actual sociedad, donde la competencia está regulada no sólo por la oferta y demanda de la capacidad, sino también por las oportunidades de las relaciones. Por eso en esta época o 'edad' de la pareja, son tan importantes los 'amigos', lo señalo así, porque existen los amigos verdaderos y

el cultivo de 'amigos' para las relaciones de la empresa matrimonial. Sería deseable que ambos tipos de amistad coincidieran siempre, pero en la práctica ésto no es así y no pocas tensiones y conflictos se desarrollan en el matrimonio por las diferencias en los puntos de vista acerca de estas 'conexiones'. Me parece que en la estructura actual de la sociedad este doble tipo de las líneas de las relaciones, no es sino otro ejemplo del doblez de muchas de las conductas sociales de los individuos que la integramos. Quizás un día exista una sociedad donde esta duplicidad sea menor o inexistente, es de esperarse que cuando sea menor el factor de dominio de unos individuos sobre otros y de unos grupos sobre otros para el control de los bienes de consumo, las relaciones tengan mucha más creatividad y compañía verdadera, en lugar del básico interés 'económico' y 'político'. Pero como todo ésto puede no estar cerca, basta enfatizar que la llamada vida social de la pareja es fundamental para su estabilidad, ya sea como relaciones públicas del matrimonio que va escalando posiciones, ya sea como amistades nuevas hechas en la misma convivencia, o ya sea el matrimonio de viejas amistades preservadas desde la infancia. Los vínculos de amistad infantil son con los 'hermanos' que uno escogió desde pequeño, no con los que se nos dieron por el vínculo de sangre. La amistad conservada desde la niñez tiene la fortaleza y el agrado de la horizontalidad emocional, la que raras veces se da entre hermanos verdaderos, pues entre ellos siempre permanece operante, sobretodo entre los de edad cercana y del mismo sexo, la envidia y la rivalidad infantiles que no siempre se neutralizan. Otro factor importante que interviene en la búsqueda de la territorialidad y constitución del ingruppo de la pareja, es la tendencia, o el temor, a la sociedad y al aislamiento. A éste hay que agregarle el factor desintegrante de las grandes ciudades, por las distancias y aglomeraciones, que alejan a veces más a los componentes del ingruppo que los mismos conflictos internos. En nuestra cultura mexicana no éramos muy afectos a emigrar o a movilizarnos, en ocasiones el turista mexicano en el extranjero, con un regionalismo ridículo, lleva sus chilitos y extraña la canción de 'Las Golondrinas' desde su despedida en el aeropuerto. Este tipo de cohesión de grupo de cierto primitivismo, seguramente está ya en crisis por las presiones de las ciudades tan monstruosas como lo es ya la Ciudad de México. Quizás ya es el tiempo de iniciar éxodos y movilizaciones horizontales a otras áreas del territorio nacional, con la innegable ventaja de una mejor distribución de la población y de la fuerza de trabajo. Pero por supuesto, quizás tengamos que pagar el precio de ir creando niños más fáciles de despegarse del grupo familiar y que tengan la habilidad y oica de crear amistades buenas pero transitorias, pues entonces debe haber nuevas adaptaciones internas el creciente sentimiento de soledad.

Para preservar la unión de la pareja, sobretodo para ayudarles en ir alterando esa relación más plásticamente conforme avanza la edad de los padres en la familia y van apareciendo las pubertades de los hijos, lo que trae otro tipo de conflictos por resolver, no dudo en recomendar lo que a lo largo de mi vida propia y profesional se me ha presentado como más creativo. Durante las psicoterapias conyugales y de familias, en donde es útil hacer recomendaciones generales de poner a prueba alguna medida higiénica particular, acostumbro encontrar una y otra vez que las vacaciones son factores que balancean y ayudan a resolver

muchos conflictos. Por supuesto que las vacaciones de un sujeto que súbitamente abandona el tratamiento, se parecen a la huida de aquel que se bajara de la silla del dentista con el trabajo a medias o apenas comenzado, la labor se pierde y el viaje, es un mero escape retardante de soluciones. Lo que pueda tener su precio negativo. En lugar de estas fugas, me referiré aquí a las vacaciones planeadas dentro de las posibilidades de cada pareja y de cada familia. Por extensión hablo también de paseos aún muy breves, a veces de medio día y no necesariamente fuera del lugar de residencia. De lo que se trata, es de regular y favorecer la interrelación de los diversos componentes de la familia. Una encantadora e inteligente señora, per muy inhibida y 'acomplejada' socialmente, se confesó a sí misma con gran tristeza, que una sola vez en su vida salió a solas con su padre. Sus relaciones con los hombres estaban teñidas del gran respeto por una autoridad que nunca pudo diluir en la relación con él, se confundían en ella el respeto con el temor por el hombre.

La pareja debe salir sola, sin niños ni familiares, a renovar el recuerdo de lo bueno de la luna de miel o del cortejo, o del período de las relaciones prematrimoniales si las hubo; puesto que ahora pueden rectificar aquello que hubo de malo o de conflictivo. No se necesita un periodo de varias semanas, puede ser suficiente un fin de semana largo o un puente de días festivos. La intimidad se renueva con esa corta, o larga vacación que debe hacerse una vez al año por lo menos. El alejamiento de los hijos en esa pequeña vacación es fundamental, la institución de los buenos abuelos que en México es aún vigente, se torna indispensable para que la pareja se escape de las presiones de la vida familiar y renueve su intimidad. La familia debe tener otra vacación, o período breve, juntos, sin las presiones físicas de las rutinas diarias, un fin de semana o una semana fuera de casa es muy importante para toda la familia. Muchos pequeños que en la casa se tornan insoportables, en las vacaciones comprenden la ventaja de la cooperación del grupo. Cada uno de los esposos debe tener su propia vacación personal sin nadie de su familia, o quizás con alguien de su familia primitiva, u original de su infancia, o con algún amigo o grupo de ellos. Esta liberación temporal, compensa no pocas relaciones tensas entre los cónyuges, les permite a cada uno jugar de nuevo un rato al rol de jovencito, en la amistad o en la relación familiar, quizás con algún hermano mayor, pues se renuevan así afectos que parecían ya apagados y que nos nutren emocionalmente. Los humanos no sólo vivimos de la eficiencia presente, tenemos a veces necesidad de oír acerca de nuestra historia infantil, del buen o mal humor de nuestros papás, de sus habilidades y hasta de sus fracasos, pues toda esa información es una de las bases importante de nuestra experiencia y nuestra habilidad de adaptación. Cada niño, sin la interferencia de los demás ni la del otro papá, necesita de unas horas, un rato semanal al menos con cada uno de los padres, estos se olvidan frecuentemente que cada niño es una persona aparte y los tratan como grupo, sin individualidad y sin respeto por su propio carácter y su propio desarrollo. El que cada uno de los papás disponga de unos momentos de su tiempo para crear lazos lineales de interrelación con cada uno de sus hijos, es una de las medidas preventivas más importantes contra la tendencia a la incomunicación y al conflicto de los años puberales y principalmente después durante la adolescencia. Cuando

un padre se queja de que no se puede comunicar con alguno de sus hijos, debería preguntarse lo que no hizo el padre de mi paciente, cuantas veces salió y platicó a solas con su hija.

Me podrían argumentar dos cosas: que promueve una vida llena de vacaciones, en vez de una vida de trabajo y de progreso; y, que mis recomendaciones sólo las pueden llevar a cabo las familias ricas que disponen de dinero y de tiempo libre. En una serie de entrevistas realizadas por mis alumnos en una colonia popular de la Ciudad de México, como prácticas de uno de mis seminarios de psicología social, encontramos que sólo a una de cada seis familias, el 17% les era materialmente imposible tomar alguna vacación familiar al año, ya sea por tratarse de familias en las que faltaba uno de los padres o por las condiciones de pobreza. En este mismo grupo no encontramos una sola familia en la que no se pudiera realizar alguno de los contactos interpersonales entre padres e hijos que hemos recomendado antes. La ignorancia para encontrar y usar bien el tiempo libre, era el factor fundamental de una vida llena de tensiones y tareas por cumplir. También descubrimos en estas familias una receptividad potencial para ser ilustradas y asesoradas para una mejor organización de su hogar. Estas familias tienen además un prejuicio muy importante que seguramente también lo tienen los estratos medios de la población, que se refiere a la 'libertad' de los de 'buena posición'. Una buena proporción de los jefes de familias ricas son verdaderos esclavos de su propia ambición que está incluida profunda y patológicamente en su sistema de vida, esos papás tienen que escaparse de las tensiones del trabajo y del hogar con el pretexto de viajes de negocios. En esas familias, la hipertrofia del sentido del deber y los roles perfeccionistas y ansiosos de proveedor básico para el papá y de jefe de casa para la mamá, les motivan en los cuarenta, a buscar una liberación. La señora vive en una jaula de oro y busca también sus escapes, no como complemento de su propio desarrollo, sino como verdaderas fugas temporales del hogar. En esta cuarta década de la vida de los esposos son frecuentes los conflictos conyugales por infidelidad mediante la cuál se trata de compensar una vida de intenso esfuerzo y depresión. La infidelidad matrimonial es uno de los signos de la inestabilidad emocional de la pareja. Hay un elemento cultural que está cambiando, el de la mayor proporción de la infidelidad del esposo, pues va en aumento la infidelidad de ella por motivos básicos de depresión y de abandono, junto con los factores puramente internos de remanentes infantiles que emergen con la adolescencia de los hijos y a los que nos referiremos poco después. No quiero que se entienda con lo que he expresado al principio de este párrafo, que los pobres deben conformarse con su suerte y que mucho de lo que les pasa es por su organización psicológica deficiente, sostener ésto sería ciego y criminal, pues los factores económicos están indisolublemente vinculados a las posibilidades de satisfactores y al nivel de educación y cultura, lo que es injusto. Las intervenciones económicas para una verdadera justicia de oportunidades son fundamentales y traen su cortejo de respuestas conductuales más eficaces y organizadas con su corolario de felicidad.

La defensa del 'territorio', que comprende no sólo los bienes muebles e inmuebles de la pareja, sino hasta cierto punto su área de influencia donde se

establecen y ganan la vida, está muy sofisticada y es multifacética, pero los impulsos instintivos para su mantenimiento y control son vitales como en el comienzo de la especie. No es posible aquí el estudio completo de las tendencias instintivas que entran en este complicado proceso, que comprende en general los procesos de socialización de los individuos y de los grupos, baste tener presente que estas fuerzas, son factores cohesivos de la pareja, pero también pueden ser de conflictos entre sus integrantes. Por ejemplo, recordemos simplemente los conflictos que tienen los matrimonios para emigrar de una ciudad o de un país, ya sea este cambio necesario por circunstancias económicas o por tensiones políticas y aún por persecuciones, ya que dejar el territorio, es una fuente importante de ansiedad y depresión. Quizás hoy en día, uno de los cambios más observables en la estructura familiar en México, es que a diferencia de otros países en donde culturalmente las familias no necesitan estar siempre juntas y 'unidas', como nosotros creemos que sucede aquí, es que los hijos están empezando a emigrar y dejan el hogar paterno mucho más temprano que antes, aún sin haberse casado como era la costumbre. Las necesidades de adaptación a un mundo cambiante nos están modificando lentamente, hay más sujetos y más familias menos apegadas al 'territorio' del cuál en ocasiones se depende excesivamente. Las oportunidades de estudio y de trabajo favorecen que durante la adolescencia se emigre más a menudo que antaño. Hoy en día es más frecuente la necesidad de emigrar para mejorar posición y consolidar el patrimonio. Con cada movilización externa, sin embargo, se intensifican las potencialidades de conflicto entre la pareja, que requiere entonces de su máxima unión para tomar juntos las decisiones, sopesando no sólo las conveniencias económicas, sino también las consecuencias intra e interpersonales para ellos y para los hijos. En ocasiones, un cambio de ambiente también puede ser muy benéfico, pues desafía a enfrentar y a vencer nuevas situaciones, lo que mantiene alerta al yo psicológico.

No siempre los esposos han ido creando poco a poco sus intereses comunes, no sólo los del bienestar físico y económico de la familia, sino también aquellos que incluyen distracciones, deportes, actos culturales, pasatiempos, artesanías, labores sociales, etc., que al compartirlas toda la familia, los enriquecen. Cada uno de los miembros de la pareja bien puede tener su pasatiempo favorito, pero es muy frecuente oír la queja de un marido, o de una esposa, que consultan por diversos problemas que enmascaran su situación conyugal: "Desde hace mucho tiempo mi mujer y yo no nos entendemos, las cosas que a ella le gustan a mi me desagradan y seguramente también a ella le pasa lo mismo". No todo el trabajo debe estar encaminado a la consolidación del patrimonio, existe una labor callada pero firme de unión cuando los cónyuges pueden hacer concesiones en cuanto a los pasatiempos y los gustos. Podrían decirme que el hacer concesiones es precisamente lo que todos saben que eso es la vida en común, pero los psicoanalistas vemos muchas parejas que tienen presente, como norma consciente el 'hacerse concesiones', pero muchas veces ésto es pura propaganda superficial, pues por dentro, poco a poco, se han ido alejando emocionalmente uno del otro. Por ésto, las vacaciones de la pareja sin los demás miembros de la familia, es de lo más provechoso. En la clase

trabajadora obrera, el 'pasatiempo' es unilateral y sólo del marido el que se escapa a las parrandas sabatinas o domingueras de manera totalmente irresponsable. Mucho se ha avanzado al respecto de hacer buena propaganda para la unión de la familia, pero no se han ensayado muchas técnicas de socioterapia que podrían mejorar aún más la tendencia a la desintegración familiar. Seguramente en otro capítulo se tratará a cerca de este tema de la integración familiar, y de cómo los factores socioeconómicos han ido modificando su estructura y sus patrones de relación interna. La tendencia a la mentira, el engaño y la simulación colectiva es una de las características de nuestra cultura urbana, lo que va a desarrollarse en otro capítulo.

Una de las épocas más difíciles para la pareja es cuando comienza la pubertad y la adolescencia de los hijos. Cada púber, al madurar psicosexualmente, plantea a los padres sus diferencias subjetivas y objetivas y desea crear sus patrones propios de ajuste social, sexual, cultural, económico y político, lo que conmueve a la pareja. La pareja unida, que acostumbra a hablar entre ellos, en el más amplio sentido de intercambio de opiniones y hacer revisión autocrítica de sus actitudes, es mucho más capaz de ayudar en la maduración adolescente de los hijos, sin que unos u otros quieran escapar de diversas maneras de la conflictiva hogareña. La drogadicción, el alcohol, los problemas escolares, los problemas de conducta delincuente, las desviaciones sexuales, y, por supuesto, los diversos cuadros neuróticos de los púberes y de los adolescentes, en la mayoría de los casos son la señal manifiesta de un problema familiar. Cada vez tendemos a ver como 'enfermo' a uno sólo de los miembros de la familia, porque cada vez sabemos más acerca de las interrelaciones del grupo. En ocasiones se nos consulta por un muchacho que parece muy enfermo, pero al explorar el cuadro nos percatamos que está expresando una seria problemática familiar. Esto no quiere decir que la psicoterapia familiar sea el único método para ayudar a la familia, pues una vez creado un problema en uno de sus integrantes, los síntomas adquieren cierta independencia del grupo y requieren por lo tanto su especial tratamiento. La terapia familiar, o más bien, las sesiones familiares, tienen muchas veces como meta principal la detección de las interrelaciones nocivas, para indicar así el mejor tratamiento a seguir, ayudan sobretodo a preparar a la familia para colaborar mejor en el tratamiento de uno de sus miembros. Sólo el experto debe decidir si usa las sesiones familiares como auxiliar de la exploración del problema, o si debe iniciar de inmediato el tratamiento individual o de grupo, auxiliado o no de psicofármacos, con alguno de los miembros de la familia. Lo que deseo enfatizar es que la maduración de los hijos conmociona a las familias, pero esta etapa es y debe ser normal. Sin embargo, todo cambio trae algo de conflicto y hasta cierta agresividad. Aunque otro de los coautores de este libro se extenderá en el tema de la adolescencia, quizás valga la pena ver un poco más este conflicto desde el ángulo particular de la pareja.

Si suponemos que una pareja se casó en sus medios veintes y luego encargaron a su primer hijo, la adolescencia del mismo les alcanzará en sus cuarentas. Parte por la edad y parte por la crisis misma del hijo, los padres sufren el embate de sus propios remanentes neuróticos infantiles. El hijo, o la hija, ponen

en movimiento la rivalidad y envidia inconscientes de sus padres que había estado latente. La envidia por la juventud y las cualidades de los hijos es muy rechazada de la consciencia y muy racionalizada, pues los clichés morales de que entre padres e hijos, en ambos sentidos, sólo debe amor, lo cuál es un ideal, refuerza la idea de la inexistencia de los celos y la envidia, sobretodo de padres e hijos. Diversas formas de la agresividad y de la tentación sexual entran en juego y se facilita así el estallido de la intolerancia, la división de los padres y los controles autoritarios. Hay padres con tal pánico neurótico a envejecer, que disputan la juventud a sus hijos, en lugar de acompañarlos con cierto rejuvenecimiento y con actitudes amistosas, que identifican a las dos generaciones saludablemente. Pero hay otros padres, que parecen envejecer de golpe con la adolescencia y la juventud de los hijos y se deprimen seriamente. En otras ocasiones, sobretodo las abuelas, se poseionan de algún nieto, de preferencia de una hija, como si con esta posesión robada, pudieran perpetuarse, para no ver su fracaso para continuar viviendo creativamente.

La edad de los cuarenta debe ser altamente creativa, tanto en el trabajo como en la vida social e individual, pues es cuando las facultades humanas están maduras. Las parejas que no han ido preparándose mutuamente para esta edad, para afrontar esos momentos del natural conflicto de la crisis adolescente de los hijos, tienden a desintegrarse. Indudablemente el divorcio ha ido aumentando día con día y no siempre los divorciados cuarentones o cincuentones pueden hacer una buena readaptación. Depresiones vagas, síntomas digestivos o cardiovasculares diversos sobretodo alteraciones sexuales, no sólo corresponden al climaterio normal, sino que muchas veces son meras quejas de uno de los cónyuges, son señales indicativas de que no puede con la carga. No se trata de aguantar cargas, sino de participar en la adolescencia de cada hijo, se puede tratarla como una oportunidad en la vida para renovarse. Muchas familias consideran a sus adolescentes como a embajadores de la nueva generación, que traen al hogar patrones diferentes que se permiten discutir y asimilar en el seno de la familia. El conflicto entre la flexibilidad, que no quiere decir sometimiento, que se requiere de los padres, contrasta con el comienzo de su rigidización, por eso, el desarrollo adolescente de los hijos puede y debe ser un desafío creativo para los padres. Por la necesidad de no estirar demasiado el cordón de la tolerancia, es que se promueven las emigraciones de los hijos, lo que en ciertas culturas 'sajonas' ha sido un patrón regular. Los conflictos de los adolescentes, sobretodo de aquellos inquietos que desean participar en el cambio social, ponen a prueba la salud mental de los padres y la verdadera unión de la pareja. En algún otro lado escribiendo sobre la protesta juvenil, expresé que con las crisis de los adolescentes los grupos humanos tienen la oportunidad de crear sus 'mutantes sociales', y con ello, una de las condiciones necesarias para la dialéctica del cambio social. Si no hubiera habido en todas las épocas de la historia 'rebeldes con causa', la sociedad quizás habría cambiado poco o unilateralmente. Cada adolescente pone en tela de juicio los valores familiares y los patrones adaptativos que aprendió en la infancia, reinventa así el mundo que por derecho le va a pertenecer. Su protesta contiene la protesta de la especie contra los aspectos negativos de la adaptación que más bien diríamos, por aquellos rasgos de

sobreadaptación patológica. Un solo ejemplo de sobreadaptación; la explotación del ecosistema ha llegado a tal peligro por el 'progreso' actual, que la protesta de los jóvenes es una llamada de atención fundamental contra esa forma unilateral de 'progreso'. Aún en las familias más conservadoras podemos ver señales de protesta de sus adolescentes, pero claro está, desaparecen pronto y, almacenadas inconscientemente, reaparecerán en conductas neuróticas ulteriores, o incrementarán el conservadurismo familiar y social, pues de adultos serán los núcleos más opuestos al cambio y la justicia sociales. En estos momentos de cambios tan dramáticos y tan rápidos, con el peligro terrible de nuevas formas de esclavitud, servicio y dictadura, donde somos testigos de desarrollos tecnológicos tan espectaculares pero que en una gran parte no están al servicio de toda la humanidad, los adolescentes son los 'mutantes sociales', deben ser los depositarios de nuestras esperanzas para las transformaciones humanistas. Pero para ello, los adolescentes tienen que tener a su disposición una buena dosis de libertad de confianza y de seguridad, para que puedan explorar e indagar, en la más amplia acepción de los términos, el mundo que los rodea. Pero si los padres, como portadores naturales de la parte conservadora de la familia se los impiden, liquidarán adaptativamente sus inquietudes y los jóvenes se pasarán a ese bando conservador que contiene lo estático de la sociedad, o si a pesar de los riesgos luchan por sus ideales de cambio, llevarán la batalla al seno de la familia con el consiguiente sufrimiento para todos. Hay protestas francamente patológicas por lo desorganizadas y fuera de la realidad, pero hay protestas que los padres las ven así, desorganizadas y fuera de la realidad, para no ver su propia desorganización y su estatismo y conservadurismo, que puede estar fuera de la realidad actual. El tema de los núcleos conservadores y liberales de la personalidad, a los que aludí más atrás, está, a mi juicio, en la base de estos conflictos de generaciones.

El climaterio es otro momento de crisis en la pareja. Cuando uno de ellos es mucho mayor que el otro, su climaterio traerá muchos conflictos por el desequilibrio de los ritmos de adaptación de la pareja que se acentúa entonces. Una mujer en sus cuarenta querrá hacer una intensa vida social y creativa en general, pero si el marido está en sus sesenta los gustos y el equilibrio posible se rompen, surgiendo entonces el conflicto, que en ocasiones, toma el camino de los celos. Las parejas que se van a casar con una diferencia de edad importante entre ellos, deberían pensar no en el presente, sino en los años del climaterio. Climaterio de ninguna manera quiere decir pérdida de la capacidad sexual, pues cada vez está más probado por los sexólogos, con importantes datos estadísticos de encuestas y entrevistas, que con la edad disminuye la frecuencia de las relaciones sexuales, pero de ninguna manera se detienen, no estarán llenas de actividad erótica, pero sí de profundidad amorosa. La pareja que se ha ido compenetrando puede llegar a edad avanzada con cierta actividad sexual muy placentera. En la terapia de hombres y mujeres mayores que pasan por un intenso enamoramiento hacia una adolescente o un jovencito, encontramos la reproducción de una conflictiva edípica muy antigua, que al despertarse por la adolescencia de los hijos, se desplaza a ese enamoramiento fáustico. Quizás sea mejor, a pesar de todo, un enamoramiento de este tipo en un viudo o una viuda, o

en un divorciado cincuentón, que una melancolía ambulatoria que origina lástima en los familiares. Pero cuando ocurren estos 'capullazos', como se les llama popularmente, en casados con hijos adolescentes, son indicadores de serias conflictivas familiares. En algunas, son meros intentos de compensar mediante el juego de un amor otoñal, la cercanía real o neuróticamente temida de la muerte, siendo uno de los síntomas mínimos del complejo depresivo.

Permítanme comentar algo sobre el divorcio, pues si he asentado mucho sobre la unión, vale la pena mencionar los factores en juego para la desunión de la pareja. En primer lugar y desde el principio, hay parejas que nunca deberían haberse juntado, su disparidad era desde el comienzo de tales proporciones, que es un buen síntoma de salud su separación. Claro está, que si ya hubo hijos, la situación es mucho más neurótica pero no irreparable. Actualmente la sociedad no rechaza a los hijos de divorciados y por supuesto que si se logra un buen divorcio de común acuerdo verdadero, no de mero trámite, los hijos pueden quedar protegidos y, después de un período inevitable de crisis, pueden continuar muy bien su desarrollo, pues muchas veces daña más un conflicto crónico, que el divorcio de común acuerdo. Para este desarrollo de los hijos de divorciados, es de los más positivo para ellos, que puedan vivenciar como cada uno de sus padres es capaz de rehacer su vida sin perder su cariño. Los seres humanos perdonamos los errores de los padres si éstos los admiten y son capaces de enmendarlos. En la cultura urbana nacional, como se verá por algún otro lado de este libro, el engaño ha creado un verdadero sistema teatral de ficción de la vida, que se opone al verdadero desarrollo de las personas. Este tipo de conflictos tan tempranos, donde no deberían de haberse juntado los esposos, sería mejor que terminara cuanto antes, pero es vital para no repetir la conflictiva con otro 'nuevo amor', que cada uno ponga lo más que pueda, honrada y conscientemente, de preferencia con la ayuda del psiquiatra, para intentar una mutua maduración que verdaderamente los una. En otras ocasiones, cuando el divorcio es impedido a toda costa por las familias, lo único que sucede es que se compra un par de mártires del matrimonio, con una prole que los acompañará en su sufrimiento.

No hay lugar para detallar todas las variantes del divorcio, me refiero obviamente en cuanto a los aspectos psicológicos del mismo. En cuanto a los problemas legales, los abogados honestos saben muy bien como se filtran, en mil y una argumentaciones innecesarias, que cada cónyuge les propone incluyan en su proyecto de contrato, y que son transformación pura, simple y primitiva del amor en odio, y se descubre que ni había tanto amor para que haya tanto odio. Lo que más bien hay, es el orgullo herido, los deseos de venganza, el querer tomar ventaja la parte más fuerte social y económicamente sobre la más débil, en todo un despliegue de inhumanidad. Los abogados deshonestos, van a tratar sociopáticamente de explotar la neurosis de la pareja para su beneficio. Cuando a habido toda clase de impedimentos para el divorcio ante claros signos de la desunión afectiva, la violencia impide el mismo divorcio y deja huellas traumáticas que no son fácilmente reparables.

Cuando somos consultados los psicoanalistas por conflictos conyugales y explorada la situación decidimos hacer terapia conyugal, tenemos en mente que la meta no es necesariamente unirlos, pues eso es jugarle al mago que apenas con dos o tres sesiones de apertura, creyera ver el futuro de dos seres; la meta inicial es la de profundizar en las causas del conflicto y motivarlos a probar nuevos ajustes en su relación, pero sobretodo, la meta es lograr una autonomía capaz de una toma de decisión madura, ya sea con una unión matrimonial mucho mejor que la de antes, ya sea un divorcio de común acuerdo, donde se respetan las posibilidades de salida de cada uno y sobretodo la salud mental de los niños, para que éstos no sean tomados como granadas de mano en la lucha conyugal. Nosotros oímos frases tales como: “No puedo permitir que mi mujer se quede con los hijos, pues está loca y es incapaz de educarlos... ya estoy viendo con mi abogado cómo hacer para quitárselos...”; otra: “No puedo permitir que mi marido se salga con la suya y me pase a la otra por enfrente... no le voy a dejar ver a mis hijos...”; otra: “Mi padre me va a ayudar que pague lo que me hizo... los pobres niños ni quieren verlo...”; una más “Yo tenía mis escapadas, pero está en la naturaleza de uno... ella sin embargo se enamoró de X. y me engaño... no se lo puedo perdonar y me las va a pagar... no me lo merecía...”. Estas frases sólo demuestran la violencia que frecuentemente se desata en las primeras semanas de las separaciones previas a los divorcios. Estas primeras semanas de la separación son cruciales en las terapias individuales, hay que trabajar duro con los pacientes para que la razón y la aceptación de la responsabilidad por cada parte, tome el primer plano. Hoy el otro tipo de divorcios, con más tristeza por el fracaso matrimonial, en general son de mejor pronóstico aunque parezcan más dolorosos. El pelear puede proteger al ser humano de la toma de consciencia de un fracaso del que en parte se es responsable. La depresión culpable sin embargo, a veces arrastra a ruegos serviles y masoquistas a uno de los miembros de la pareja, inclusive, en ese momento puede ser el motivo para que una vieja tendencia a convertirse en mártir se le fije y hacer de su vida, y la de sus hijos, un infierno de autoconmiseración patológica.

Hay separaciones sin divorcio, en general y opinando franca y llanamente me parecen más inmorales que la moral con la que se pretenden defender este tipo de contrato de esclavitud de por vida. Por supuesto, hay parejas donde ambos admiten y buscan ésto, pero todos los casos que conozco, son claramente la manifestación de una relación sadomasoquista. En ocasiones, los psicoanalistas que tratamos parejas apoyamos la idea, surgida durante las sesiones, de que hagan una separación de prueba; cuando las posibilidades de reconciliación positiva no han progresado, es cuando se plantea y se apoya este recurso. A veces, durante esta separación de prueba, se facilita mucho el análisis de las motivaciones que cada uno pone en el conflicto matrimonial, pues cada uno no tiene la pantalla reflectora donde proyecta su parte enferma y conflictiva. Al separarse físicamente, cada uno tiene que percatarse de las funciones particulares que el conflicto tiene para él y responsabilizarse para qué usa, promueve y mantiene el conflicto conyugal. El conflicto tiene partes y movimientos que se repiten a veces con precisión cronométrica, puesto que se trata de un juego de motivación mutua; al interrumpirse este círculo vicioso, se espera que los

litigantes puedan contemplar sus propias motivaciones, así como captar los cebos y los anzuelos con los que engancha al otro en su propia conflictiva. En esas condiciones de conflicto álgido y de círculo vicioso cerrado, que no se puede abatir en las sesiones conjuntas, ni elaborar en las sesiones individuales que cada uno de los cónyuges tienen con el terapeuta, por lo menos en la técnica que yo empleo y que es muy común, la separación de prueba pone una distancia saludable; pero en general, se tiene que enviar a terapia individual a cada uno por separado, lo que puede ayudar para tomar una mejor decisión. Esta separación de prueba, acompañada de la terapia individual, con el retardo de las maniobras legales hasta un avance de la comprensión intrapersonal de los conflictos de cada uno de los cónyuges es lo deseable, pero, lamentablemente, la recomendación del psicoanalista es peligrosamente sabotada por uno o por los dos miembros de la pareja que no asisten ni llevan a cabo la recomendación del tratamiento individual; el que escapa, o escapa más, generalmente aduce que es el otro, el que si va a terapia, el que es el enfermo y se proclama a sí mismo como la víctima del 'infantil' o del 'loco', que por 'estar en terapia es la confirmación social de su maldad'. Estas son el tipo de transformaciones psicóticas del divorcio y de la separación; si además el que escapa tiene influencia y dinero para la corrupción tan fácil de la justicia, tenemos el desgraciado libreto de una noticia de página roja, o por lo menos de delegación, pues la violencia psicótica va escalando lentamente, a veces súbitamente, la escalera de la tragedia, tornándose así el conflicto en impredecible, muy emergente y en ocasiones con resultados catastróficos irreversibles. El daño que en esas condiciones se hace a los hijos es tremendo, pues internalizan una situación traumática que ulteriormente aparecerá en los determinismos inconscientes de su destino. Por supuesto que hay parejas en que uno de los dos está aparentemente más enfermo y hace cosas más 'locas', pero no siempre el que manifiesta más síntomas aparentes es el que puede orillar más la tragedia, en ocasiones el carácter paranoide de un débil celoso o de una mujer fálica es el ingrediente explosivo más importante, pues el pretendido amor se torna en odio violento ante el fracaso matrimonial. También hay parejas en donde uno de los dos tiene que ser contenido por alguien del ambiente familiar antes de que estalle la violencia. En las perversiones sexuales y en los núcleos psicóticos, es donde vemos esta transformación súbita del 'amor' en odio y violencia, siendo importante detectar esta peligrosidad paranoide desde las primeras entrevistas individuales, o con la pareja, para tomarla en cuenta. La depresión grave larvada de uno de los dos también es motivo de otro tipo de tragedia, el suicidio, pues cuando nos sentimos fracasados y no logramos ver las posibilidades reales de salida, los seres humanos sufrimos depresiones y durante las crisis depresivas, la idea de la muerte puede rondar nuestras cabezas. Sólo el humano que no sufre no se deprime, pero la depresión tiene también su porcentaje de peligrosidad. Este tipo de situación extrema por fortuna no es tan frecuente pero hay que tomarla en consideración.

En cambio es más frecuente el tipo de pareja infantil con gran escándalo familiar. Este tipo de parejas, cuando aceptan ante el terapeuta la separación de prueba que ellos mismos se autopropusieron, la sabotean de una y mil maneras y pretextos, pues se alían secretamente en su resistencia y le ocultan al

psicoanalista que se ven y aún que se hacen el amor. En estas condiciones de conducta infantil, se acentúan habitualmente los rasgos sadomasoquistas que después les cuestan caro en autoestima, orgullo herido, a veces en dinero, en agresiones a los hijos y a las dos familias que se hartan del juego infantil ruidoso, tenso y hasta peligroso por incierto. Esta conducta es la reproducción de una alianza infantil inconsciente de cada uno de los esposos, generalmente con intensos sentimientos de culpa, que se está reproduciendo en el presente en un nuevo triángulo edípico, al transferir sobre el psicoanalista una figura de autoridad. Por todo ésto, el momento de decidirse la pareja por una separación de prueba, es muy delicado y debe sopesarse en la terapia con todas las implicaciones posibles de preverse. En muchas ocasiones, la separación de prueba es la lógica antesala del divorcio, facilitándose así la exploración de los factores subjetivos que puedan colarse en el contrato legal en forma negativa, para que en un verdadero acuerdo común, se hagan los mejores arreglos que permita a la pareja que se desune su recuperación personal, sobretodo, que les permita mantener un tipo de relación saludable y distante entre ellos, pero indispensable para la educación de los hijos.

La separación de prueba en ocasiones, como lo decía arriba, es una farsa más de la pareja, que jugando a la separación se juran amor para desgarrarse de nuevo a la menor provocación. En estas condiciones, el jugar a la separación es sólo un mecanismo retardante de la maduración; se da en parejas unidas muy patológicamente, pues no temen tanto el divorcio, sino a la maduración que tendrán que enfrentar una vez separados, siendo entonces el divorcio prácticamente indispensable para la crisis madurativa de los caracteres infantiles y neuróticos. La divorciofobia, como la divorciofilia, son extremos muy influenciados por los cambios culturales. Seguramente en el capítulo sobre la estructura de la familia, se comentarán ampliamente la influencia de estos factores del ambiente sociocultural. Una mayor permisibilidad social para el divorcio, en general va acompañada por una mayor tolerancia, o sintonía social, para los hijos de divorciados que no sufren como antes el ostracismo social en las clases media y alta de la población. Ya he opinado antes acerca de las separaciones sin divorcio, que son verdaderas cárceles para dos o varios seres humanos.

No quiero que se me entienda que aliento el divorcio como una panacea, no hay panaceas para nada, pues éstas no son sino uno de los miles de disfraces de las utopías y las ilusiones enfermizas, lo que trato de enfatizar, es que hay situaciones matrimoniales tan conflictivas, que la desunión es benéfica para todo ese grupo humano, siempre y cuando se enfrente la crisis y se pongan en marcha los mecanismos de reparación. Cada uno de los ex-esposos puede y debe rehacer su vida. Lo deseable, es que en la terapia individual, o desde la misma terapia conyugal cuando llegue la decisión del divorcio, cada uno de los cónyuges haya comenzado a vislumbrar la luz después del túnel natural de la depresión por el fracaso matrimonial, que no debe significar el fracaso de toda la vida. Los componentes narcisistas del carácter de los cónyuges, ocultan en muchas ocasiones la capacidad de reparación, pues se enfrascan más en el conflicto y se entercan orgullosa, masoquista y narcisistamente en mantener una unión que ya no es ni de fachada social. Este tipo de parejas, o el narcisismo patológico de uno

de los dos, viven la separación y el divorcio como una derrota total, no como el principio de una reparación interna con buenos resultados externos si se acomete con valor y dignidad.

Cuando los esposos han digerido la separación y se están responsabilizando de lo que cada uno puso para el conflicto matrimonial irreversible, en general se observa una buena adaptación de los hijos desde el principio de los pasos legales para el divorcio, pues muchas veces la prole, sobretodo cuando hay niños muy pequeños en edad preescolar, absorben dosis imposibles de elaborar de las diversas modalidades de agresión y pasividad. Cuando ha habido agresión física de uno de los cónyuges sobre el otro, los hijos necesitan de un mayor tiempo de elaboración y de más ayuda afectiva madura durante la separación, pues por la propia inermidad de la infancia, el agresor es siempre muy temido, ya que los niños por un mecanismo natural, tienden a ocultar su temor, con lo cuál sólo se incrementa y se internaliza más el conflicto con mayores consecuencias potenciales ulteriores. Los niños pequeños son muy vulnerables a la agresión de los padres, sufren por ella regresiones patológicas depresivas y aún enfermedades somáticas que son disparadas por la tensión y la depresión. He conocido adolescentes cuyos padres se separaron muy enfermizamente en su temprana infancia y después buscaron al otro padre para hacerse justicia, anhelando el amor que el agresor les quitó en un despliegue de poder cuando fueron niños. También conozco divorciados que retuvieron y controlaron enfermizamente a los hijos y que después sufrieron el abandono de ellos configurándose así el cuadro de un grupo humano disperso por la persistencia de la posesividad neurótica de uno de los padres. Por otro lado, felizmente más frecuente, también he visto el desarrollo armónico y dentro de los límites normales, de hijos de padres divorciados que se han separado en buenas relaciones, aceptando su fracaso matrimonial y generando responsabilidad adulta. Una niña de once años una vez le manifestó a un conocido, que cuando le preguntaban en la escuela por sus papás, podía decir sin vergüenza alguna: "Mis padres se divorciaron cuando yo era chica, pero ahora tengo cuatro papás y salgo con ellos y los veo cuando necesito, ya he entendido que mis padres no pudieron vivir juntos, pero ahora todo va bien". Esta prepúber no decía algo falso, sino la verdad acerca de la superación de un conflicto vital en el que ella se vio envuelta cuando pequeña, y que el ejemplo de los padres que supieron crear de nuevo un hogar aceptable, aunque separados y divorciados, le había ayudado a superar su propio conflicto y su propia división.

Prácticamente, todo lo hasta aquí escrito sobre el conflicto conyugal y el divorcio, se refiere básicamente a las clases económicas y culturales tradicionales alta y media de la cultura urbana, pues en los estratos populares suceden otros desenlaces del conflicto conyugal. La rigidez de los roles de hombre y mujer tradicionales, uno, proveedor y 'hombre de bien', y la otra, 'madre de su casa', cuando son violados, o sobretodo en el caso del 'macho' se le convierten en carga por el núcleo infantil dependiente que lleva dentro, el conflicto conyugal estalla en el simple y grave abandono de la esposa y de los hijos. La mujer se convierte en otra abandonada más que deambula su masoquismo entre su familia, el trabajo

irregular, en ocasiones miserable, con la secreta agresividad a hijos de los que reniega. En México existe un estereotipo verbal, un eufemismo para la palabra mentira, acerca de la 'madre buena y abnegada', que soporta sin daño para los niños el abandono del esposo o del compañero; ésto no pasa de ser sino una ilusión más que encubre el enojo que esa madre siente por su papel de víctima. Si de verdad hubiere sólo madres abnegadas y buenas a pesar de los malos tratos del hombre y de la sociedad, sólo habría 'santas' que harían ciudadanos responsables y no apáticos e irresponsables, que continúan la cadena de padres sadomasoquistas morales y físicos. En algún otro lugar de este libro, uno de los colegas se referirá extensamente acerca de sus ideas de que nuestra cultura urbana es de simulación y teatralidad, en donde se vive 'como sí' y no que se es. En estos niveles pobres, no sólo la madre es abandonada con los hijos, sino que frecuentemente se ve obligada a empujarlos a la humillación de pedirle al padre una limosna para lo indispensable.

Con la lástima de su condición, la real más la que ella se ha enseñado a explotar, cierra otro círculo vicioso social de la esclavitud moral que no puede dejar de tener sus consecuencias en los hijos. Seguramente una gran raíz de nuestra falta de productividad por irresponsabilidad, está en la irresponsabilidad de padres que usan a los hijos en su conflictiva. Creo que se ha avanzado algo en las campañas de propaganda de integración y responsabilidad familiares, pero creo que no se han aprovechado nuevos recursos de psicoterapia, asentar con confianza que ya que no podemos copiar de ninguna otra cultura o nación, sino que tenemos las bases para crear nuestros propios caminos, y desarrollar las técnicas para intentar aliviar mucho más este problema de la irresponsabilidad a todos los niveles. Los conflictos psicológicos están indisolublemente ligados a los factores económicos de explotación. En alguna breve investigación psicosocial de práctica académica de hace tiempo, encontramos sectores importantes de una sección de multifamiliares donde habitaban una alta proporción de madres solteras o abandonadas que no podían recurrir a instrumento legal alguno, porque la justicia, si le tenemos que llamar a eso de alguna manera, no podía estar de su lado por carencia no de derechos impresos en la buena ley, sino del combustible monetario necesario para moverla al servicio de la enmienda de su abandono económico. El mosaico de las contradicciones culturales entre los estratos económicos en la cultura urbana es un rompecabezas para el sociólogo para encontrarle un hilo conductor, pero la idea de una cultura urbana de 'como sí', nos parece fundamental y prometedora.

Para terminar con mis ideas acerca del divorcio, permítanme decir que frecuentemente somos consultados por serias depresiones, sobretodo por mujeres en sus cuarenta o cincuenta, que se ven amenazadas por esta alternativa vital o ya están en ella. La posibilidad de vida feliz y creativa se les ha acortado tanto, que la depresión está por todos lados, ya sea abierta, ya sea que esté encubierta tras de diversos males somáticos, enfermedades de tensión emocional que las hace ir de un clínico a otro en busca de un alivio para su dramática situación. La psicoterapia psicoanalítica, muchas veces la de simple apoyo para sobrevivir y salir airoso de la crisis, les devuelve una confianza en sí mismas pérdida hace

tiempo. Encuentran nuevos caminos positivos y constructivos para superar su condición, pues el sufrimiento y reconocimiento de aquellos factores personales, maritales, familiares y sociales que las llevaron a esta situación, las mueven a nuevas rutas en su vida, lo que creían ya acabado y sin salida, encuentra soluciones sociales, artísticas y aún amorosas insospechadas por ellas mismas. Estos casos me hacen sentir repetidamente la plasticidad y adaptabilidad del ser humano, que aún en condiciones de intenso sufrimiento emocional y de gran incertidumbre situacional, puede encontrar diversas soluciones adaptativas, pues al cambiar la perspectiva interna y romperse los círculos viciosos aprendidos en la infancia y reformados en la edad adulta durante su matrimonio, se visualizan nuevos horizontes halagadores.

Idealmente, los cuarenta y los cincuenta deben ser sobretodo una edad de gratificación de la pareja consolidada, es cuando se está en el clímax de la conjunción de la salud física y mental, con optimismo, alegría, risa y buen humor, con agudeza y criterio, es cuando los desafíos de tareas comunes y de planes de trabajo en realización, se alternan armoniosamente con el descenso, debe ser, por lo tanto una época de cosecha. La gran ciudad caníbal devora las esperanzas débiles o mal fundadas y rompe los vínculos frágiles, la mutua tolerancia y el acuerdo tácito de condiciones de respeto y amor verdadero y maduro, provee a la pareja de la base indispensable para una vida agradable en común, que contrarreste con su creatividad la invasión destructora de las tensiones del ambiente que la pareja no puede cambiar o influir en su curso. La familia crece y las nuevas generaciones avanzan, la pareja feliz y madura, no ve esto amenazante, sino por el contrario, nada más y nada menos, como el corolario cabal de su propia integridad. El sentimiento de integridad, que se describe con razón como la última etapa del desarrollo psicosexual y del ciclo vital, es el mejor antídoto contra la depresión y la angustia de la vejez, pero antes de que ésta llegue, la integridad es el elemento equilibrador por excelencia de las inevitables tensiones que acompañan la madurez de los hijos. En una entrevista de grupo, de las que hacemos ocasionalmente para recabar datos acerca de la capacitación de personal de empresas, un ejecutivo brillante, cercano a los cincuenta, comunicó lo siguiente acerca de los jóvenes de la empresa: "Cuesta trabajo admitir que se están abriendo paso derechamente y que esto nos obliga a mantenernos informados para estar en la competencia y no ser desplazados... a propósito y no se si venga al caso plantearlo en este grupo, mi hijo, que está por terminar su carrera de ingeniero, tuvo que resolver una cuestión de amigos con una honestidad ejemplar que yo no creo haber tenido... quizás su ejemplo me ponga también a pensar en el valor de la integridad para considerar la justicia de los ascensos y no sólo la eficiencia..."

En esta época madura de la vida, en donde se tiene que resolver un conflicto de integridad consigo mismo, el ser humano en general ha consolidado su 'territorio' y su capacidad de 'dominio' sobre éste, ya sea que lo constituyan primordialmente bienes materiales, o capacidades, o quizás la mezcla de ambos. Por todo lo característico de lo 'humano', el hombre, a diferencia de todos los demás animales territoriales, creo que ha desplazado y extendido esta

característica específica no sólo a un ambiente externo concreto en donde medra y obtiene sus presas o su sustento, considera a su área de influencia económica social, cultural, tecnológica y creativa en general, como un equivalente de su 'territorio'. Puede intentar organizarlo en una pirámide monolítica, casi vertical, de base estrecha y altura considerable, en cuya cúspide esté su autoimagen de líder eterno. Con este plan, o peor aún, con su realización, está el esquema de la pseudo integridad del tirano, no importa cuál sea su actividad de la que esté pintada su estructura. Puede en cambio en su capacitación y ejercicio de su tendencia al poder desear ser el líder de cambio y de creatividad colectiva, crea entonces una pirámide de gran base y de poca altura, donde la movilidad vertical no esté impedida por su narcisismo. El líder tiránico con pseudointegridad la que sólo admite su dictado y su figura y tiene que estar en lo más alto de su propio monumento, su capacidad de colaboración verdadera es pobre, pues aparenta cooperar con aquellos a los que somete, pero sólo para extraerles el material para seguir escalando. Integridad no sólo quiere decir honestidad, es difícil describir todos sus componentes, pero siempre me ha parecido que entre estos está la lealtad de grupo con una muy baja capacidad de perjuicio, por lo tanto, contiene ese ingrediente humanista, no necesariamente en su aspecto romántico que puede ser fugaz y falso, sino donde anhele algo que incluya a toda la especie, algo que integre a la familia del hombre.

La integridad de ninguna manera es privativa del hombre o la mujer de éxito, una obrera, un campesino, un funcionario público pueden sentirla en la madurez de su vida o pueden carecer de ella. Tampoco es una condición frecuente, ni se vende ni se fabrica al azahar, o por alguna secreta alquimia psicológica, es una etapa de autosuperación y síntesis que va creciendo lenta pero seguramente en el curso del proceso vital. La confianza básica en sí mismo y en otros seres humanos y la capacidad de renunciar oportunamente a desafíos y tareas que ya son imposibles, son otros componentes de su cristalización, así como también la capacidad de amistad verdadera y de gratitud son otros de sus componentes. Una mujer madura, que muy de mañana hace la limpieza de unas oficinas, se vio enfrentada a un riesgo de muerte por que tenía que someterse a una grave operación por un probable cáncer. Es una mujer de eficiencia y honradez ejemplares, que en una ocasión no se sometió a los caprichos de un ejecutivo tiránico que la acusó injustamente de un descuido, prefirió restringir el área de su trabajo que doblegarse ante el poderoso por unos pesos, prefirió buscar otros trabajos por horas, que ser objeto de sospechas injustas y de malos tratos. Es amigable, con un gran sentido del humor, calmada y digna. Me expresó su integridad antes de su operación cuando manifestó con pena que sí tenía miedo y que le dolía "dejar a sus muchachos aún sin lograrse". Cuando superó felizmente la operación y el tumor resultó benigno, en una mañana de frío, cuando algún colega le hizo el comentario sonrió y nos dijo: "fríos los muertos... yo camino y ahí nos vidrios. Doctor". Su integridad la había recuperado del miedo a la muerte y le había devuelto el optimismo a pesar de su dura lucha cotidiana por la vida.

Cuando la pareja se rompe por la muerte de uno, el duelo es mucho menos patológico cuando hubo verdadera unión entre los esposos. Esto no quiere decir

que se haga un altar permanente del cónyuge finado, sino simplemente que el duelo se lleve a cabo como otro proceso adaptativo más. Los seres humanos, desde el nacimiento hasta la muerte, invertimos afectos, intereses, creamos y mantenemos lazos y comunicaciones con otros seres humanos, la muerte de una de estas personas en las que hemos invertido nuestros afectos es un proceso doloroso que quizás mis ideas sobre los núcleos de identificaciones de polaridad conservadora-liberal, cuya organización se inicia tempranamente en la infancia, de donde parten como centros de mando los motivadores para la acción social, puedan dar alguna pista de esta batalla interior que se desenvuelve en el campo de lo psicosocial. Somos una especie en evolución, hay muchos datos al respecto, pero hemos transformado peligrosamente el hábitat y estamos al filo de una sobreadaptación que puede no tener vuelta. Quizás también, estamos en los umbrales de un nuevo renacimiento. La sobreadaptación paranoide es ya muy evidente, complicándose suicidamente por la altísima tecnología de los armamentos no contrarrestada por una ética más universal. La religión por el hombre mismo no ha substituido aún a la religión por los dioses.

Los impulsos de dominio, herencia específica de los antropoides, desde los albores del hombre le ahorraron energía al estar al servicio de la organización piramidal del grupo, que logró así mayor eficacia en un ecosistema que creía infinito por no conocer sus fronteras. Este ecosistema lo hemos desintegrado irresponsablemente, con las ideas de Césarman, lo estamos asesinando, aún lo creemos invulnerable e infinito; sin embargo, ya hay señales de que debemos detenernos antes de doblar la esquina del ataúd. Con el mismo sistema inteligente, con capacidad tremenda de inventiva, al mismo tiempo que crea la ciencia, el arte y la filosofía, el hombre inventa aún demonios peligrosos que los proyecta en los exgrupos y los llenan de prejuicios. También irresponsablemente estamos contaminando peligrosamente nuestro universo social. La propaganda tiene como misión en esta guerra de prejuicios, la satanización del oponente enemigo para la justificación de la violencia armada. Desgraciadamente la ética parece aún que se ha quedado atrás en la carrera contra la tecnología. Pese a todo, debemos tener fe y trabajar para acrecentarla, para que del mismo sistema simbólico abierto por la vía de un liberalismo neohumanista, colaboremos para encontrar nuevas alternativas para un mundo en acelerada transformación, que deseamos esté en los umbrales de una Nueva Civilización fundamentada en una Ética más Universal.

Dr. José Remus Araico
Paseo del Río # 111, casa 20
Fortín Chimalistac
Coyoacán, 04319
México D. F.
Tels. 56-61-07-67 y 56-61-36-50